

POESIAS

I.—EL HUERFANO SOBRE EL CADAVER

I

¡Este tu cuerpo es, pues, oh padre mío!
¡Padre! ¡Ya no respondes! ¿Qué te has hecho?
¿Eres acaso el cuerpo inmóvil, frío,
Que yace aquí sobre este aciago lecho?

¡Oh, no! ¡que hablabas, y este cuerpo calla!
Calla y nunca hablará: tu lengua muerta
Fija, trabada al paladar se halla,
Y la vida en tus ojos no despierta!

Al recibir mis últimos abrazos
Ayer de amor tu corazón latía,
Y me estrechaban con afán tus brazos,
Y una lágrima en tu ojo se veía.

Y hora a tus ojos lágrimas no asoman,
Y hora en tu pecho ni un latido siento,
Y hora tus brazos yertos se desploman
Cuando enlazarlos a mi cuello intento!

¡Oh! ¡ya no volverás nunca a abrazarme!
¡Oh, padre mío! ¡de mi infancia amigo!
¡Nunca ya volverás a consolarme!
¡Nunca a llorar ya volverás conmigo!

¡Y este cuerpo infeliz, manos de extraños
A hundirlo van en olvidado suelo:
Y sobre él volarán sin fin los años,
Y sobre él lucirá sin fin el cielo!

II

¡Y para mí las risas y alegrías,
Y las horas de amor, de luz, de oro
Vieron su fin; y desde hoy los días
Van a empezar de soledad y lloro!

¡De hoy más, bajo el hogar del extranjero,
Sin tí me sentaré solo a la mesa;
Y, como tú te fuiste, si yo muero,
Nadie a llorar irá sobre mi huesa!

Y un sér sobre la tierra que me ame
Como me amaste tú, buscaré en vano.
¡Ah! ¿qué me importa que haya quien me llame
Alguna vez amigo, esposo, hermano?

¿Sin el amor, de amor qué son los nombres?
¡No logran engañar ni al que los dijo!
¡Ay! ¡no veré de nuevo entre los hombres
Al que de veras me llamaba hijo!

¡Tú, tú me amaste, y sólo tú supiste
De amar mi sed, mi sed de ser amado;
Y a mí tu inmenso corazón abriste,
Y en él entré, y en él quedé saciado!

Y hora te vas... ¡ah! ¡ya te fuiste...! y nunca,
¡Oh! nunca.... ¡No! ¡vuelve otra vez siquiera!
¡Vuelve; que ya mi vida siento trunca,
Y espera en tí mi amor que en nada espera!
1838.

II.—DESPUES DE VEINTE AÑOS

I

¡Salud, oh sombra de mi viejo amigo!
¡Tras largos días de lejana ausencia,
Vuelve a buscarte aquel tu pobre hijo
Que amaste tánto y que te amó de veras!

¡Sí; yo a buscarte vuelvo, padre mío!
A orar a Dios por tí sobre tu huesa,
Y a bendecirte porque me has cumplido
La postrera y mejor de tus promesas.

La noche tras la cual más no te he visto,
Tarde, lloviendo, la ciudad desierta,
Ya a morir ibas; solo yo contigo,
De tu lecho lloraba a la testera;

Y meditaba entonces, aunque niño,
Que en dos iba a partirse mi existencia:
¡Atrás la luz, mi infancia y un amigo!
¡Delante, el mundo, solo y en tinieblas!

Y vuelvo a tí de espaldas, distraído,
Pronto olvidé que alguno allí me oyera,

Y ronco sollocé con grandes gritos,
Y a mi inmensa aflicción dí larga suelta.

Súbito al lado escucho un leve ruido,
A verte voy con una horrible idea:
¡Ya! —Mas sentado y fúlgido te miro,
Con los ojos en mí cual si me vieras;

Y dulce, y triste, y serio a un tiempo mismo:
“José, no llores más. —Aunque yo muera,
Morir no es perecer. ¡Tu padre he sido,
Imposible que *siempre* no lo sea!”

Y vi tus brazos hacia mí tendidos,
Y al punto obedecí la muda seña;
Y desahugué mi seno comprimido,
En tu seno escondida la cabeza.

¡Ay! largo espacio así permanecemos:
Tus brazos me estrechaban ya sin fuerza....
¡Y me encontré con tu cadáver tibio,
Que al otro día me ocultó la tierra!

II

De entonces acá, veinte años se han corrido:
Nadie en el mundo ya de tí se acuerda....
Uno no más, presente siempre y vivo
En su memoria y corazón te lleva!

Y empero ¡en cuánto aturdidor bullicio
Mi vida ha estado desde ~~entónces~~ envuelta!

UNIVERSIDAD NACIONAL

Facultad de Sociología

BIBLIOTECA

—Fusil al hombro, y sable y daga al cinto,
De mi infancia he dejado las riberas:

Y negros bosques, y anchurosos ríos,
Y verdes llanos y azuladas sierras
He visto, y luégo el mar inmenso he visto,
Y vi su soledad y su grandeza:

Y en lid campal, entre humo, y polvo y ruido,
Y entre hombres, y caballos y banderas,
Los valientes caer, de muerte heridos,
He visto a mi derecha y a mi izquierda.

Y luégo a pueblos fuí grandes y ricos,
y vi sus monumentos y sus fiestas,
Bailé sus danzas y bebí sus vinos,
Y en el seno dormí de sus bellezas:

Y en calabozos fétidos y fríos
He dormido también entre cadenas;
Y desnudo, y hambriento, y fugitivo,
He vagado también de selva en selva.

¡Y en medio de placeres y peligros,
De fatigas, de glorias, de miserias,
Tu voz, tu imagen siempre fué conmigo
En íntima y tenaz reminiscencia!

¡Y un pensamiento extraño me ha venido,
Que ni sé si me aflige o me consuela:
Y es que vives aún, oh padre mío!
Y andas con otro nombre por la tierra;

Que estás resucitado y trasfundido;
 Que en otro sér te mueves, hablas, piensas;
 ¡Que ese soy yo! ¡que somos uno mismo!
 ¡Que tu existencia ha entrado en mi existencia!

III.—APARICION

Mi lámpara nocturna está apagada;
 Solo estoy en silencio y en tinieblas;
 Ningún reloj, ningún rumor se escucha
 Por la ciudad que inmensa me rodea.

¡Oh noche! entre tus sombras lo presente,
 El porvenir, el mundo, la materia,
 Ayer, mañana, la ambición, la carne,
 El curso de la vida que no lleva,

El sudor por el pan de cada día,
 La envidia cuyo diente nos asecha,
 De los falsos amigos la perfidia,
 Del triunfante enemigo la insolencia:

Todo desaparece: sordo, ciego,
 Muerto, el hombre entre el hombre se concentra;
 Y en gloria y soledad ante sí misma
 Súbito el alma humana se presenta.

¡Sí! ¡gloriosa y solitaria el alma,
 La posesión sintiendo de sus fuerzas,
 Lánzase libre al invisible mundo
 Que sus nobles instintos le revela!

En vano ensancho más y más los ojos,
 En vano los oídos tengo alerta;

Sólo escucho el zumbido del silencio,
Sólo miro espesarse las tinieblas.

Del fondo, empero, de silencio y sombras
Siento venirme claridad incierta,
Y las voces volver de lo pasado,
Y la feliz edad de la inocencia.

Vuelven mis olvidadas ilusiones,
Mis recuerdos de infancia, mis creencias;
¡Vuelvo a soñar lo que jamás he hallado,
Lo que en vano busqué sobre la tierra!

Vuelvo a ver lo que amé, cual lo veía
Cuando el amor sentí, por vez primera
Con los colores mágicos que huyeron
Ante la odiosa luz de la experiencia.

¡Oh amistad! ¡oh virtud! ¡oh dulces nombres!
Vuestra noción la mente lleva impresa
Desde el nacer; y el corazón ansioso
Por convertirla en realidad se esfuerza.

Vuelvo mi padre a ver: su faz augusta,
A un tiempo mismo afectuosa y seria,
A presentarse torna ante mis ojos
Radiante de virtud e inteligencia.

¡Ay! al mirarla así, prorrumpo en llanto,
Que es de mi vida la incurable pena
El no poder vivificar la tumba,
Y conseguir que lo que fue no sea!

Sangre debo llorar, llorar mis ojos,
Al pensar de mi padre en la existencia,
En aquella existencia tormentosa
Que no halló más descanso que en la huesa.

Para la Dicha y la Amistad nacido,
Vivió de desengaños y dolencias;
Y murió pobre, atribulado y ciego,
Del cuerpo y de la edad aún en la fuerza.

Hoy pudiera vivir cual otros viven;
Hoy, después de tres lustros, si viviera,
Sobre su vasta frente empezarían
Sus negros rizos a argentarse apenas.

IV.— EL POBRE

¡El pobre! Al pobre menosprecia el mundo:
El pobre vive mendigando el pan;
Falsa piedad o ceño furibundo,
Cual un favor le dan.

La gloria al pobre le deniega un nombre,
El poder le deniega su esplendor,
La noche el sueño, su amistad el hombre,
La mujer el amor.

¡Oh verdes bosques! ¡círculo del polo!
¡Montes! ¡desiertos donde el rico va!
¡Mar insondable, eterno, inmenso y solo!
¡El pobre no os verá!

¡Ah! en los ojos del pobre brota el lloro,
 Y no entenece un solo corazón;
 Que las lágrimas sólo en copa de oro
 Merecen compasión.

¡Vedle! ¡su pie la tierra triste pisa;
 Todo en él nos revela el padecer:
 Ojos sin luz, y labios sin sonrisa,
 Y vida sin placer!

¡Y empero el pobre tiene un esperanza
 Que vale más que el mundo y mundos dos;
 Inmenso bien que el oro vil no alcanza!
 —¡El pobre tiene a Dios!

1840.

V.—CAPA ROTA

Como no tengo siquiera un cuarto
 Que, al sacudirla, suene en mi bolsa,
 Y nadie presta sino al que paga,
 Y nadie fía sino al que compra;
 No hay una aguja, no hay hebra,
 Con que mi capa rota yo cosa;
 ¡Y capa nueva, sólo en el cielo!
 —Así sigamos con capa rota.

Desde el instante que el primer roto
 Salió a las calles con mi persona,
 Sólo los chicos a mí se acercan,
 A abrir con palos brecha más honda.
 Con cada hora la brecha crece,
 ¡Y huye un amigo con cada hora!

¡Ah ¡el hombre todo es su vestido!
¡Y yo soy todo mi capa rota!

¡Ah, pobre capa! ¡cuánto despego
Inspira a todos tu vista odiosa!
Mas si con ceño todos te miran,
¡Aún con más ceño te miran todas!
¿Entre mi alma, de qué me sirve
Que altas potencias de amar esconda?
Quien ame, ame con capa nueva;
¿Qué mujer ama a un capa-rota?

Por tí, pues, triste, esquivado y solo,
Corro al sepulcro, que cerca asoma;
Y empero, si otra mejor me diesen,
¡Yo no querría darte por otra!
Tú de mi padre la capa eras
Y aún verle creo que en tí se emboza.
¡Oh! ¡nunca odiarte podrá su hijo!
¡Sígueme siempre, pues, capa rota!

VI.—A FRANCISCO JAVIER CARO

Humilde peregrino,
Apenas con pie incierto
La senda del desierto
Yo comenzaba a hollar;
¡Seguirme es tu destino!
Gritó mi suerte fiera;
Yo dije: ¡Espera! ¡espera!
¡Déjame antes llorar!

Con ella la montaña
Subiendo de la vida,
Y el ánima rendida
Ya próximo a exhalar;
Descubrí tu cabaña,
Y a mi fiel compañera
Clamé entonces: ¡Espera!
¡Déjame respirar!

Y tú Javier, me oíste:
Bajo tu pobre techo
Me dejaste en tu lecho
La frente reclinar.
Y yo clamaba triste
Con voce lastimera
A la desgracia: ¡Espera!
¡Déjame descansar!

De allí con dura mano
Por siempre la alejaste,
Por siempre le cerraste
La puerta del hogar;
Mas ella aún, a su hermano,
En su fuga ligera
Oyó exclamar: ¡Espera!
¡Déjame descansar!

De entonces yo contigo
A la Amistad levanto
El templo sacrosanto
Que hospedará su altar:
Hoy pongo, dulce amigo,

La piedra postrimera:
¡Oh muerte! ¡espera! ¡espera!
¡Déjale coronar!

Delante de mí ahora
Miro tu noble diestra
Al fin de la palestra
De la niñez tocar
Y mi lira sonora
Celebra tu carrera.
¡Oh sepultura! ¡espera!
¡Déjamela cantar!

¡Ah! cuando ya sucumba
El pobre peregrino,
Y el cetro del destino
Nos haya de apartar;
Del fondo de mi tumba
Oirás clamar: ¡Espera!
¡Oh eternidad! ¡siquiera
Déjamele abrazar!

VII.—A JENNY

De otro clima hermosa flor,
Brillas hoy en este suelo
Cual fugaz visión del cielo,
Cual fugaz sueño de amor.

Tu presencia inspira paz;
Del sol eres un destello,
Y el querub de Dios más bello
Retratado está en tu faz.

Son tus nombres, Jenny, dos:
Uno que es perecedero,
Y otro eterno y verdadero
Que secreto guarda Dios.

¡Oh! ¡tu lánguido mirar
Y tu lánguida sonrisa
Son más dulces que la brisa
Que el azul pliega del mar!

Y esa mágica expresión,
Que da vida a tu hermosura,
Me recuerda una ventura
Que soñó mi corazón.

¡Ah! ¡si tras tanto penar,
En la dicha aún esperara,
A tí fuera a quien yo amara,
Si otra vez pudiera amar!

VIII.—A LA MUERTE DE MIGUEL TOBAR, HIJO

¡Quién no te llorará, flor del desierto?
¡Olor fugaz que al mundo no llegó!
¡Alma del amor que a nadie odiar supiste!
¡Brisa del mar! ¡emanación de Dios!

Sola una vez en instantáneo abrazo
Latir sentí tu joven corazón;
Mas tal latido reveló tu alma,
Y fui tu amigo desde entonces yo,

Tan dulce fue, tan triste fue tu muerte
como el postrer reverberar del sol,
Cuando, en el mar, la frente raudo alumbra
Del marinero que le dice adiós.

Si en otra forma existes todavía,
Y en esa forma al mundo vienes hoy,
Yo te he visto en la lágrima preciosa
Que tu hermana, al nombrarte, derramó!

IX.—AL DR. N. R. CHEYNE

I

¡Oh! ¿Quién no llorará sobre tu suerte,
Cheyne, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar a los demás, pero no a tí?

—Cuando, en un día tropical de Enero,
Tendido al cielo de brillante azul,
Desde el cenit al universo entero
Derrama el sol calor, y vida, y luz;

Hacia ese cielo espléndido, encantado,
Levanta entonces alegre el corazón
Tánta víctima humana que has salvado,
Bendiciéndote a tí después de Dios!

Y tú la diestra, pálido, entretanto,
Al pecho llevas con intenso afán
Para contar, con gozo o con espanto,
De tus arterias el latir mortal!

El rico no te paga, con el oro
Que con la vida le conservas tú:
Más rico aún, el pobre con el lloro
Te paga de su santa gratitud.

Mas ¡ay! ni la opulencia generosa,
Ni el poder, ni el amor, ni la amistad,
¡Ay! ni tu misma ciencia prodigiosa
De tu destino te podrán salvar!

Más que la griega, firme y atrevida,
A los cielos pasmados arrancó
Tu inglesa mano el fuego de la vida;
¡Y un buitre te devora el corazón!

¡Oh! ¿quién no llorará sobre tu suerte,
Cheyne, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar a los demás, pero no a tí!

II

¡Oh! ¡no te enojas, no, con el poeta!
Si él no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,
Tampoco viene a emponzoñarla más!

Su misión, cual la tuya, es de consuelo;
El sabe que en el valle del dolor,
Ni todo gozo es bendición del cielo,
Ni toda pena es maldición de Dios.

Tú sabio, simple yo —los dos cristianos—
Ambos sabemos que ante el Sumo Sér
Que pesa en su balanza a los humanos
Prueba es el mal y tentación el bien.

—Si todo cesa aquí, si noche eterna
Es de justo y malvado el porvenir,
Si de las tumbas en la hierba tierna
El hombre entero se ha de trasfundir;

¡Sabio entonces el malvado y necio el justo!
¡Necio de tí que con tan loco afán,
De negra muerte en incesante susto,
Sufres y haces el bien sin esperar!

—Pero si nunca tu escalpelo ha hallado,
Cuando un cadáver fétido rompió,
En la albumina del cerebro helado
La centella inmortal que la animó;

Si ese cerebro pesa cual pesaba,
Si sólo falta el pensamiento en él,
¡Oh! si ese pensamiento aquí no acaba....
¡Sufre! —¡y espera en tus dolores, Cheyne!

¡Oh! ¡no te enojas, no, con el poeta!
Si él no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,
¡Tampoco viene a emponzoñarla más!

III

En el gran día en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad y luz,
Hallará el ángel, al abrir tu historia,
¡Bajo cada dolor una virtud!

Entre el justo y el malo hay un abismo:
El placer y el dolor, el bien y el mal,
Para el malo son fuentes de egoísmo,
Para el justo son fuentes de bondad.

Sí; cuando el malo, en su carrera corta
Halla salud, prosperidad, honor,
Triunfa, y dice en sí mismo: ¡Qué me importa
Que otros padezcan mientras gozo yo!

Y cuando al fin sobre su frente pesa
Con todo su rigor la adversidad,
Cae diciendo entre sí: ¡Qué me interesa,
Si yo sufro, aliviar a los demás!

De Caledonia bajo el turbio cielo,
De esos montes románticos al pie,
De do ha tomado Libertad su vuelo,
Bello tu madre te admiró al nacer.

Con un germen de muerte allí naciste,
Y con un germen de bondad en tí:
Los tesoros de ciencia que adquiriste
Aquí te vemos prodigar sin fin,

Sabio, puedes vivir para tí mismo ;
Justo, quieres servir a los demás :
La ciencia, que degrada el egoísmo,
La santifica en tí la caridad !

¡ Y hoy vives pobre, enfermo . . . y envidiado !
Mas bendito serás en tu dolor,
Que el don del desgraciado al desgraciado
Es el más aceptable para Dios !

En el gran día en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad y luz,
Hallará el ángel, al abrir tu historia,
¡ Bajo cada dolor una virtud !

1845.

X.—A LA SRA. DOÑA PAULA FAJARDO DE CHEYNE

Cuando a la luz de esplendorosa fiesta,
Al relucir de sedas y diamantes,
Tus grandes ojos, negros y brillantes
En la sombra se ven reverberar ;
Cuando al compás de deliciosa orquesta,
De un valse entre el confuso movimiento,
Veloz, cual un alegre pensamiento,
Se ve tu frente cándida girar ;

Cuando descansas lánguida en seguida
En los cojines de un diván sentada,
Con la sien en la mano reclinada,
Los párpados dejando a medio abrir ;

Raro conjunto de modestia y vida,
 De pudor y de gracia voluptuosa;
 ¡Oh! sin duda que entonces eres hermosa,
 Cual lo oirás en voz baja repetir.

Mas cuando de tu alcoba bajo el techo
 Con un niño dormido en tu regazo,
 Oyes de media-noche el campanazo
 Velando junto a un lecho de dolor;
 Y la vista volviendo hacia ese lecho,
 Honda la fijas sobre Cheyne doliente,
 Y de tus ojos cae sobre su frente
 La lágrima inefable del amor;

¡Oh! si entonces el paso suavizando,
 La amiga que en Payán vivió contigo,
 La que a la ciencia de tu noble amigo
 Debe el que a Dios por él pidiendo esté,
 Súbito te sorprende entrando,
 En medio de esas horas silenciosas,
 ¡Oh! más hermosa que las más hermosas,
 ¡Oh! ¡más hermosa que jamás te ve!

1845.

XI.—EL VALSE DEL DOLOR

En el álbum de la señorita doña Josefa Montovio

¡Gracias, amable señora!
 Cuando vuestra hermosa mano
 Hace gemir el piano
 Con el valse del dolor,

La mujer que mi alma adora
 Aparécese a mi mente
 Y vuelvo a tener presente
 Su voz, su beldad, su amor!

1850.

XII.—CENIZA Y LLAMA

En el álbum de la señorita doña Carmen del Río

I

En mí, señora, en otro tiempo había
 Fuente vivaz de noble poesía;
 Era en la edad, edad que huyó ligera,
 En que ama el hombre, y canta, porque espera;
 Cuando esa linda fada, la Mentira,
 Perfuma con sus flores nuestra lira,
 Y puebla el alma, ansiosa de sus dones,
 De gloria, amor, poder con las visiones!
 Entonces —hoy no véis más que una ruina
 Que a su completa destrucción camina—
 Entonces en mi espíritu fecundo
 Hablaba un ángel, se encerraba un mundo.
 Mi helada sangre, que hoy circula apenas,
 Corría abrasadora por mis venas;
 Mi vida se ensanchaba inmensa, pura;
 Ante la blanda luz de la hermosura
 Mi ronca voz, de altiva, se amansaba,
 Y entre mi pecho el corazón temblaba,
 Y en generosos cantos se expandía,
 Cual trina el ave al asomar el día!
 ¡Oh dulce edad! ¡oh dulce amor primero,

De un vago sueño incomprensible agüero!
Hoy ya despierto, viejo sin ser cano,
Joven el rostro, el corazón anciano,
De lo que fui, de mi perdida gloria
Conservo sólo el eco en mi memoria!

II

Y joven sois, y amante sois, señora,
Y hay otro sér que en vos rendido adora,
Que vive en vos, por vos, en cuya mente
Vos habitáis tiránica y presente.
Vos sois su lumbre, vos hacéis su día;
Vienen de vos su pena y su alegría.
Vos sois como su madre, él es un niño
Que vos podéis, con ceño o con cariño,
Fácil llevar aquí y allí. —¿Se irrita?
Pasa un instante, y él se precipita
De nuevo a vuestros pies, de amor gimiendo,
Y haber bajado en vuestro amor temiendo!
¡Eso es amor! alegre en su delirio,
El a la muerte fuera y al martirio,
Por evitaros un pesar. Cantando
Viera venir sobre él el golpe infando!
¡Eso es amor! de amor el fanatismo,
Que lleva al hombre al cielo —o al abismo!
¡Eso es amor! ¡y vos amáis! ¡oh, nunca
Dejéis su vida y vuestra vida trunca,
Ceniza haciendo la divina llama
Que hoy a los dos vivificante inflama!
Alma del alma, vida de la vida,

Esa potente llama, dirigida
A lo bueno, a lo grande y a lo bello,
Del Dios de la virtud es un destello!

Cartagena, 1850.

XIII.—AL CHIMBORAZO

Soneto

¡Oh monte-rey, que la divina frente
Ciñes con yelmo de lumbrosa plata,
Y en cuya mano al viento se dilata
De las tormentas el pendón potente!

¡Gran Chimborazo! tu mirada ardiente
Sobre nosotros hoy revuelve grata,
Hoy que de la alma Libertad acata
El sacro altar la americana gente.

Mas ¡ay! si acaso en ominoso día
Un trono levantándose se muestra
Bajo las palmas de la Patria mía,

Volcán tremendo, tu furor demuestra,
Y el suelo vil que holló la tiranía
Hunda en los mares tu invencible diestra.

1835.

XIV.—EN BOCA DEL ULTIMO INCA

Ya de los Blancos el cañón huyendo,
Hoy a la falda del Pichincha vine,

Como el sol vago, como el sol ardiente,
¡Como el sol libre!

¡Padre Sol, oye! por el polvo yace
De Manco el trono; profanadas gimen
Tus santas aras: yo te ensalzo solo,
¡Solo, más libre!

¡Padre Sol, oye! sobre mí la marca
De los esclavos señalar no quise
A las naciones; a matarme vengo,
¡A morir libre!

Hoy podrás verme desde el mar lejano,
Cuando comiences en ocaso a hundirte,
Sobre la cima del volcán tus himnos
Cantando libre.

Mañana solo, cuando ya de nuevo
Por el oriente tu corona brille,
Tu primer rayo dorará mi tumba,
¡Mi tumba libre!

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;
Sobre ella el cóndor que en las cumbres vive
Pondrá sus huevos y armará su nido,
¡Ignoto y libre!

1835.

XV.—EL HIMNO GRANADINO

*¡Gloria in excelsis Deo, et in terra
pax hominibus bonae voluntatis!*

I

¡Gloria en el cielo a Dios! ¡Paz en la tierra
A los hombres de buena voluntad!
¡Gloria al que en sí la eterna luz encierra,
Y al que es su imagen, paz y libertad!

Un mundo entero, un mundo inmenso había
Tendido en medio del azul del mar;
De polo a polo virgen se extendía
Llamando a aquel que lo debiera hallar.

Montes de nieve, portentosos ríos,
Cielos turquíes tintos de arrebol,
Praderas, campos, bosques mil sombríos
Que fecundaba sin el hombre el sol.

Y un sabio hallóse, de pensar profundo,
Que, audaz y lleno de entusiasmo y fe,
Dijo en sí mismo: Existe un Nuevo Mundo;
Yo soy Colón, y yo lo encontraré!

¡Ah! ¡cierto fue! Tras indecibles penas,
Que soportó paciente su virtud,
Halló su mundo, y para sí cadenas
Que le cargó de un Rey la ingratitud.

Mas hoy nosotros que por él vivimos,
Cuantos sin fin por él aún nacerán,
La paternal memoria bendecimos
Del gran Colón, nuestro segundo Adán!

¡Gloria en el cielo a Dios! ¡Paz en la tierra
A los hombres de buena voluntad!
¡Gloria al que en sí la eterna luz encierra,
Y al que es su imagen paz y libertad!

II

El Rey ingrato fue también tirano;
Y esas cadenas que a Colón forjó,
Por siglos, y a pesar del Oceano,
El Nuevo Mundo de él las recibió.

De en medio al fin de la abyección, un hombre
Alzóse ardiendo en santa indignación;
Y él nos gritó: BOLIVAR es mi nombre;
Libres seréis siguiendo mi pendón!

¡Oh, lo cumplió! Que al rayo igual su espada,
Igual su voz al trueno del volcán,
Libre dejó la América y vengada
De monstruos mil que nunca volverán!

Venció tiranos, y fundó naciones....
¡Y calumniado y prófugo murió!
¡Y sólo el mar sus últimos perdones
Y sus postreros votos escuchó!

Mas hoy los hijos de tu hermoso suelo
Te volvemos tu gloria y nuestro amor;
Y en tí, que habitas con el Padre el cielo,
Bendecimos al Gran Libertador!

¡Gloria en el cielo a Dios! ¡Paz en la tierra
A los hombres de buena voluntad!
¡Gloria al que en sí la eterna luz encierra,
Y al que es su imagen paz y libertad!

III

¡Oh! justo es Dios, la ingratitud castiga!
El Rey ingrato el cetro al fin perdió;
Y al pueblo ingrato, Dios al fin lo obliga
A volver del error que cometió!

La dura vida ya nos sonreía,
Bajo la sombra de engañosa paz;
Mas Dios no el crimen olvidado había,
Y de nosotros apartó su faz.

¡Ay! vióse a un tiempo a cien y cien tiranos
Despedazar nuestra infeliz nación:
Para librarnos de esas férreas manos,
Dios reclamaba un justo en expiación!

Y el justo hallóse; todos lo hemos visto
Del sol de Octubre a la naciente luz;
¡Neira! sublime imitador de Cristo!
¡Tú te ofreciste a la sangrienta Cruz!

¡Gloria en nombre de Dios, gloria sea dada
Al sabio cuya mente un mundo halló!

¡Al héroe que librónos con su espada!
 ¡Al mártir cuya sangre nos salvó!

¡Gloria en el cielo a Dios! ¡Paz en la tierra,
 A los hombres de buena voluntad!
 ¡Gloria al que en sí la eterna luz encierra,
 Y al que es su imagen paz y libertad!

1842.

XVI.—A OCAÑA

Aquí nací: bajo este hermoso cielo
 Por vez primera vi la luz del sol;
 Aquí vivieron mis abuelos todos....
 ¡Adiós, Ocaña! ¡adiós, Ocaña! ¡adiós!

¡Ocaña! ¡Ocaña! ¡dulce, hermoso clima!
 ¡Tierra encantada de placer, de amor!
 Ufano estoy de que mi patria seas....
 ¡Adiós, Ocaña! ¡adiós, Ocaña! ¡adiós!

¡Mi padre aquí de boca de mi madre
 El dulce sí por vez primera oyó!
 Aquí de amor él a sus pies lloraba....
 ¡Adiós, Ocaña! ¡adiós, Ocaña! ¡adiós!

¡Y yo también aquí pensé.... silencio!
 Olvidemos tan plácida ilusión;
 Y aunque mi pecho deba desgarrarse,
 ¡Adiós, Ocaña! ¡para siempre adiós!

XVII.—A MARACAIBO

En el álbum de la señorita doña Dolores Montovio

Tu sol, tu mar; tu azul, inmenso lago;
Tus mansas brisas, tu horizonte vago
Me entusiasmaron, Maracaibo, a mí,
Cuando bajando de mi Patria amada,
Tu ardiente faz, de palmas sombreada,
Desde mi barca en lontananza vi.

Pronto después pisó mi pie tu arena;
De gratitud a Dios mi mente llena,
Al verme salvo, en tierra me postré;
Y al Padre universal omnipotente,
En tristes ecos, por mi amor ausente
Y por mis dulces hijos invoqué.

Luégo en tu seno el infeliz proscrito
—Proscrito por verdad, no por delito—
Casi volvió la dicha a disfrutar:
La virtud de la virgen pudorosa,
La virtud de la madre y de la esposa,
Su corazón supieron consolar!

¡Noble ciudad, de mi infortunio abrigo!
Recibe aquí de tu sincero amigo
El postrer voto y el postrer adiós.
Hoy pesa sobre tí la tiranía;
Mas la sangre de Salas algún día
Vendrá a obtener tu libertad de Dios.

Mas no al horrendo campo de batalla,
A morir bajo el sable y la metralla,
Quieras lanzar tu bella juventud;
Sabe aguardar! Para cobrar tu gloria
Más alcanza la paz que la victoria,
Más que el valor alcanza la virtud!

1850.

XVIII.—EN ALTA MAR

Céfiro ; rápido lánzate! rápido empújame y vivo!
Más redondas mis velas pón: del proscrito a los
(lados,
Haz que tus silbos susurren dulces y dulces
(suspiren!
Haz que pronto del patrio suelo se aleje mi barco!

Mar eterno! por fin te miro, te oigo, te tengo!
Antes de verte hoy, te había ya adivinado!
Hoy en torno mío tu cerco por fin desenvuelves!
Cerco fatal! maravilla en que centro siempre yo
(hago!

Ah! que esta gran maravilla conmigo forma
(armonía!
Yo, proscrito, prófugo, pobre, infeliz, desterrado,
Lejos voy a morir del caro techo paterno,
Lejos, ay! de aquellas prendas que amé, que me
(amaron!

—Dejo entonces mis dulces sueños y a morir me
(preparo!

Oh! morir en el mar! morir terrible y solemne,
Digno del hombre! —Por tumba el abismo, el
(cielo por palio!
¡Nadie que sepa dónde nuestro cadáver se halla!
Que echa encima el mar sus olas —y el tiempo
(sus años!

XIX.—BUENAS NOCHES, PATRIA MIA! ¹

Lejos, ay! del sacro techo
Que mecer mi cuna vió,
Yo, infeliz proscrito, arrastro,
Mi miseria y mi dolor.
Reclinado en la alta popa
Del bajel que huye veloz,
Nuestros montes irse miro
Alumbrados por el sol;
¡Adiós, adiós, Patria mía!
¡Aún no puedo odiarte, adiós!

A tu manto, cual un niño,
Me agarraba en mi aflicción;
Mas colérica tu mano
De mis manos lo arrancó:
Y en tu saña desoyendo
Mi sollozo y mi clamor,
Más allá del mar tu brazo
De gigante me lanzó!
¡Adiós, adiós, Patria mía!
¡Aún no puedo odiarte, adiós!

De hoy ya más, vagando triste
Por antípoda región,
Con mi llanto al pasajero
Pediré el pan del dolor:
De una en otra puerta el golpe
Sonará de mi bastón;
¡Ay! ¡en balde! ¿en tierra extraña
Quién conocerá mi voz?
¡Adiós, adiós, Patria mía!
Aún no puedo odiarte, adiós!

¡Ay! de tí sólo una tumba
Demandaba humilde yo!
Cada tarde la excavaba
Al postrer rayo del sol.
“¡Vé a pedirla al extranjero!”
Fue tu réplica feroz;
Y llenándola de piedras
Tu planta la destruyó.
¡Adiós, adiós, Patria mía!
¡Aún no puedo odiarte, adiós!

En un vaso un tierno ramo
Llevo de un naranjo en flor;
¡El perfume de la Patria
Aún aspiro en su botón!
El mi huesa con su sombra
Cubrirá; y entonces yo
Dormiré mi último sueño
De sus hojas al rumor!
¡Adiós, adiós, Patria mía!
¡Aún no puedo odiarte, adiós!

XX.—LA IMAGEN DE LA PATRIA

Cuando al fin, tras penoso camino,
En su patria se mira el viajero;
Y a acabar torna así su destino
Al sagrado lugar do nació;
Cuando frente a su nido primero,
Mueve rápido el pie peregrino,
Y al llegar, latir siente el ligero
Corazón, cual jamás le latió....

Y ya pisa su umbral —y la aldaba
Reconoce, y la tocan sus manos,
Y su golpe, cual antes lo usaba,
Vuelve trémulo a hacer suene fiel;
Y los gritos responden lejanos
De la esposa que ya lo esperaba,
Y de madre, y amigos, y hermanos,
Que se agolpan y claman: ¡Es él!
¡Al abrirse el portal de repente....!
—¡Oh! en aquel soberano momento,
¿Quién dirá lo que el mísero siente?
¿Quién, si es gozo o es pena dirá?
Fulminante sin par sentimiento,
Del cual llevo el principio en mi mente,
Y que en sueños confuso presiento
¡Como gloria que nunca vendrá!

¡Ay! que huyendo en exótico suelo
El furor de los déspotas rojos,
Sin hogar, sin amor, sin consuelo,

¹ My native Land—Good night! BYRON. *Childe Harold*.

Pronto ya dejaré vida y luz!
Y por llanto de huérfanos ojos,
En mi tumba las aguas del cielo
Regarán los silvestres abrojos
Cuyas flores adornen mi cruz!

¡Oh sol patrio! ¡oh verdor! ¡oh perfume!
¡De Granada inmortal primavera!
Aunque mas la injusticia me abrume,
Vuestro hechizo por siempre amaré!
¡Ah! ¡si al fin en mis cantos entera
La aflicción que mi vida consume
Desahogar cual la siento pudiera!....
—Mas tal dicha negada nos fue.

Que si acaso al mortal miserable,
Cuya voz suena y calla en un día,
Expresar una vez fuera dable
El supremo pesar de un adiós;
Del retorno la inmensa alegría,
Del amor el misterio inefable,
Por entonces el hombre sería
¡Oh, feliz! ¡tan feliz como Dios!

Dios que abarca de Dios el abismo;
Dios que en sí lo infinito contiene,
Y, al mirarse, se cuenta a sí mismo
Cuanto encierra de glorias en sí!
¡Fuente y fin, de do todo proviene,
Donde todo termina asímismo,
Do la eterna verdad se mantiene
Repetida completa en un Sí!

XXI. — EL HACHA DEL PROSCRITO

¡Dieu! ¡qu'un exilé doit souffrir!

BERANGER

Fina brillas, hacha mía,
Ancha, espléndida, cortante,
Que abrirás la frente al toro
Que probar tu filo osare!
En los bosques para siempre
Voy contigo a sepultarme,
Que los hombres ya me niegan
Una tumba en sus ciudades!
En mi Patria me expulsaron
De la casa de mis padres,
Y hoy también el extranjero
Me ha cerrado sus hogares!
Vamos, pues, que ya estoy listo!....
Oh! salgamos de estas calles,
Do el dolor del desterrado
Nadie entiende ni comparte:
 Ay! tú me entretenías
 En mi niñez:
 Ven, sígueme en los días
 De mi vejez!

Yo, durante nuestra fuga,
Tengo al hombro de llevarte,
Y un bordón en tí y apoyo
Hallaré cuando me canse.
De través sobre el torrente
Que mi planta en vano ataje,
Tú echarás del borde el árbol

Por el cual descalzo pase.
Si del norte al viento frío
Mis quijadas tiritaren,
Tú derribarás los ramos,
Y herirás los pedernales.
Tú prepararás mi lumbre,
Tú prepararás mi carne,
La caverna a que me acoja,
Y hasta el lecho en que descanse!

Ay! tú me entretenías

En mi niñez:

Ayúdame en los días

De mi vejez!

A mi alcance y a mi diestra
Muda, inmóvil, formidable,
Me harás guardia, cuando el sueño
En mis párpados pesare.
Si del tigre el sordo paso,
Si el clamor de los salvajes,
Acercándose en la noche,
Del peligro me avisaren;
En mi mano apercebida
Te alzarás para el combate;
Y del triunfo o la derrota
Siempre llevarás tu parte!
Ay! la luz del nuevo día
Nos verá en otros lugares:
Débil yo, cansado, y triste;
Roja tú con fresca sangre!
Ay! tú me entretenías

En mi niñez:
Defiéndeme en los días
De mi vejez!

De camino veré a veces
Las lejanas capitales
Relumbrar al tibio rayo
De los soles de la tarde.
Y esos rayos vespertinos
Jugarán al reflejarse,
cual relámpagos de oro,
En tu hierro centellante!
O, del mar a la alta orilla,
Los pies sueltos en el aire,
Cantaré al sol y al viento
De la Patria los romances;
Y a la roca tú de lomo
Sin cesar dando en la base,
El compás irás notando
Con tus golpes resonantes.

Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
Consuélame en los días
De mi vejez!

Sí, consuelo del proscrito!
Oh! jamás aquí le faltes!
Ay! de cuanto el triste llora,
Si es posible, veces hazle!
Patria, amigos, madre, hermanos,
Hijos, ay! mi dulce amante;
Cuanto amé, cuanto me amaba
Vas tú sola a recordarme!

Nunca, nunca, pues, me dejes,
Sígueme a las soledades!
No abandones al proscrito
Sin que al fin su tumba excaves!
Por el mango hundida en tierra,
Tu hoja se alzaré en los aires,
De los picos de los buitres
Defendiendo mi cadáver!

Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
Sepúltame en los días
De mi vejez!

1838.

XXII.—EL VALSE

Oh! graciosa, más graciosa
Que los sones del bolero,
Más airosa que las palmas
Remecidas por el viento;
Más serena, y linda, y pura
Que el azul del ancho cielo,
Cuando espléndido se pinta
En los lagos del desierto:
De placer su vista sola
Retemblar hace mi pecho,
Y perdido y ebrio caigo
Al perfume de su aliento!

Sí, la quiero! sí la adoro!
Con furor la adoro y quiero:
La idolatro cual si en ella

Dios mi suerte hubiese puesto;
Más la adoro que el mendigo
Al metal del avariento;
Más la adoro que a la Patria
El proscrito en su destierro;
Más que adora el frigío gorro
El esclavo entre sus hierros;
Más que el réprobo la gloria
Desde el fondo de su infierno!

Ay de mí! la dulce madre
Que meció mi cuna un tiempo,
Y enjugó mi primer lloro,
Y aceptó mi primer beso;
El ciprés que noche y día
Melancólico y siniestro
Cubre el túmulo que guarda
De mi buen padre los huesos;
Oh! ya menos hoy los amo
Que ese vívido reflejo
Que relumbra al són del valse
En sus grandes ojos negros!

Que con ella yo he bailado,
Y he sentido unos momentos
Junto a mí su dulce rostro,
Junto a mí su dulce seno:
Y en mi alma brilló entonces
Cual fugaz, lejano incendio
Yo no sé qué vaga imagen,
No sé qué falaz deseo!

Yo conmigo la veía
Sentada a mi lado diestro,
Bajo el techo de mis padres,
Su asiento unido a mi asiento;
Y sus manos infantiles
Enrizaban mi cabello,
Y entre espesa lluvia, afuera
Con furor zumbaba el viento;
Y su voz trinó en mi oído,
Como el canto del jilguero,
Y un extraño calofrío
Trascurrióme por el cuerpo!

Ay! el valse se acababa,
Y sonó el compás postrero:
Y la vi tal como es ella:
Dulce, amable y sin afecto....
Oh momentos deliciosos!
¿Por qué volásteis tan presto?
¿Por qué de mi fantasía
No realiza Dios los sueños?

XXIII.—TODO MI CORAZON

Estos los versos son, los dulces versos
Escritos de su letra y de su mano;
Los versos, sí, que a cada instante aplico
Ciego de amor a mis ardientes labios!

Que ella sabe gemir, y ella amar sabe:
Gemir y amar con el laúd sagrado
Con que al eco del Léucade siniestro,

Cantó su amor la hermosa y triste Safo!

Oh! tú sabes gemir y amar tú sabes!
Oh! tú cantas amor y amor yo canto!
Mas ay! nunca tu amor y el amor mío
Un rayo harán su doble opuesto rayo!

Nunca, a tu lado, con el són del remo
Nuestro mutuo cantar acompasando,
Tu voz oiré sobre la pobre barca
Do bajo el río de mis turbios años!

Oh! cuando junto a tí, mudo y sombrío,
De amor me ves y de dolor llorando,
¿Por qué cual lloro yo también no lloras,
Y no me amas como yo te amo?

Cual muelle són de música lejana,
Es el són de tu voz, dulce Delina;
Y tu mirar, como el del sol que muere,
Mi enamorado corazón alivia!

Cuando mi mano estrechas con tu mano,
Cuando mis ojos con tus ojos miras,
Y de mi alma al más profundo seno
Siento llegar tu penetrante vista;

Un ángel pienso ver de negros ojos
Que con sus alas manso me acaricia,
Y que fugaz a revelarme baja
El fin oculto a donde va mi vida!

Y si tu voz, sonando en mis oídos,
Mi sér ensancha y de placer lo agita,
Pienso escuchar la voz que entre los cielos
Modula al són de las eternas liras!

Ah! cuando llegue ya mi postrer hora,
Y sudor tibio bañe mis mejillas
Y, ángel de amor, por tu divino nombre,
Congojoso te llame en mi agonía;

Sobre mi frente moribunda entonces
Una lágrima vierte compasiva;
Vuelve a cubrirme con tus blancas alas,
Y hermosa alumbra de mi muerte el día!

Oh! si me amaras tú! —Yo, si me amaras,
Mi corazón te abandonara todo;
Mi corazón maravilloso, inmenso,
Sin límite en su amor, sin fin, sin fondo!

Ay! de mi amor las comprimidas llamas
Vieras salir en manantial furioso,
Ceban en tí sus insaciabiles fuegos,
Y al cielo alzarse en grande lengua de oro!

Oh! si me amaras tú! Tú sí podrías
Mi alma alegrar y serenar mis ojos,
Y con tu amor suplir en mi existencia
Al tierno padre que incesante lloro!

Unidos y cantando, de la vida
Surcáramos el mar, del tiempo al soplo;

Y, unidos y cantando, Dios nos viera
Salir del mundo y dar el vuelo al otro!

Oh! ¿nunca me amarás? ¿Querrás dejarme,
Siempre gemir adolorido y solo?
¿Querrás dejarme triste entre los hombres
Siempre vagar con abatido rostro?

¿Y al amigo infeliz que te amó tanto
Que te amó con amor tan prodigioso,
Lo dejarás que llore sin consuelo
De su orfandad el hórrido abandono?

Ay! yo huérfano soy: mi noble padre
Huyó por siempre de la faz del mundo;
Que, de la mano asido con la muerte,
Bajar lo vi las gradas del sepulcro!

Yo llorando le di mi último abrazo,
Y él su postrera bendición me impuso,
Y el tiempo huyó dejando entre hoy y entonces
Inmenso espacio que hacia atrás descubro!

Y hoy —todavía mi tenaz memoria
Me pinta al vivo aquel semblante augusto!
Y hoy, todavía, cuando así lo miro,
Mi triste faz de lágrimas inundo!

Oh padre mío! cuando en honda noche
Del Monserrate a la alta cumbre subo;
Y allí, de pie, me miro en torno envuelto
Del vacuo mar del horizonte oscuro;

Y rodar oigo en el confín remoto
La sorda voz del huracán nocturno;
Y a mi lado, siniestro y repentino,
Con su agrio grito me sorprende el buho;

Yo entonces pienso en tí! yo entonces pienso
Que por mí vienes impalpable y mudo,
Para conmigo hundirte en el abismo
Del Ente Primo, Inmenso, Solo y Uno!

XXIV.—LOS JUEGOS DE NIÑOS

Cuando, de noche, amada mía,
En derredor de aquel hogar
Que, al són del materno cantar
Tu cuna vio mecer un día;

Tu madre, hermanos, y otro, y yo,
Y tú en cerco nos sentamos,
Y a los juegos-niños jugamos
Que nuestra infancia tánto amó;

Y que aún amo en la edad que llevo,
Y que olvidar jamás podré,
Y que en mi vejez lloraré
Ansiando jugarlos de nuevo;

Entonce, al verte, al verte a tí,
Con la sonrisa del contento
A todos dando movimiento,
Tal vez fugaz mirarme a mí....!

Y entonces, —al pensar que es sin ira,
Sin odio, sí, mas sin amor
Que con tan dulce resplandor
Tu ojo fugaz así me mira;

Y tan distintas luégo al ver
Esas miradas, en tu amante
Que allí risueño está y triunfante
Largas y extáticas caer;

Entonces más me persuado
Que de tí amado no soy;
Y que después, así cual hoy,
Nunca de tí ya seré amado;

Y entonces en la soledad
Pienso en que ya por siempre vivo,
Y un dardo siento herirme vivo
Extraño en mi joven edad;

Y entonces mis ojos de llanto
Siento llenarse —y mi alma ve
A aquel amigo que se fue,
Y que me amaba en vida tánto!

Y entonces —mi íntima aflicción
Disimular ya no pudiendo,
Doy buenas noches —y gimiendo
Late, al salir, mi corazón.

Y no teniendo ni un amigo
Con quien me pueda desahogar,

Me voy a mi casa a llorar,
Encerrado solo conmigo.

Y a mi rival con tu reír
Sigues alegrando en tu casa,
Sin que el dolor que en mí se pasa
Hayas podido presumir!

1838.

XXV.—LA GLORIA Y LA POESÍA

Oh! no deseches, mujer, al hombre que Dios te
(destina!

El grande amor que el corazón enciende,
Ese grande amor que a tí misterioso me inclina
Dios en el fondo de mi ser lo prende!
Tú su poder terrible no sabes a cuánto se extiende
Y tu desdén indócil no adivina
Que tu destino, que de mí depende,
Hacia su fin en mi amor para siempre encerrado
(camina!

¿No has pensado jamás de la muerte en la rápida
(espada
Que hombre, por hombre, al fin a todos hiere?
¿No has pensado jamás en aquella existencia que
(muere

Del que quedó tan fácil olvidada?
¿No has pensado jamás que de nuestra existencia
(ignorada

Ni una noción la especie humana adquiere,
Y que doquier que nuestra planta fuere

Siempre envuelta va de Olvido, de Noche, y de
(Nada?)

Ah! ;qué le importa al corcel, del pesebre el
(círculo inmundo,

Si más allá de su hórrido recinto,
Abrense campos y campos sin fin, y el cielo
(profundo

Se aleja azul en un inmenso cinto!
;Qué me importa a mí, de nadie en mi vida
(distinto,

La sociedad do oscuro me confundo,
Si en ella siento hablarme el sordo instinto

De otra gran sociedad que puebla los siglos y el
(mundo!

Esto pensaba yo paseándome solo una tarde:

Su disco el sol en occidente hundía;

Yo me detuve a ver cómo poco a poco moría

Esa alta llama que en los cielos arde.

Fuése! y díjeme: Huyó sin que nada lo impida o
(retarde,

Cual otros mil, incógnito este día;

Y huirá lo mismo la existencia mía,

Cual mil más, sin que de ella en la tierra un rastro
(se guarde!

Y esta triste imagen turbóme y quitóme la calma.

Pensé en mi padre. . . . todos lo olvidaron!

—Solo algunos hombres, trayendo del canto la
(palma,

Salvos de olvido el tiempo atravesaron!

—¿No podré yo, pues, cantar cual ellos cantaron?
—Mas recordé que inmóvil, muda, calma,
Aunque mis ansias más la provocaron,
Siempre a dar melodías hallé resistida mi alma!

XXVI.—ADIOS

Oh! mil veces, pensando en este instante
De precisa y final separación,
En lágrimas bañóse mi semblante
Y asustado tembló mi corazón!

Hoy llega al fin —al fin nos separamos!
Del mundo abierto que me llama a sí
Bajo la puerta juntos aún estamos:
Por vez postrera te contemplo a tí.

¿Nunca a vernos ni a hablarnos volveremos?
Otra vez! ¡un instante y nada más!
Ah! en el seno de Dios nos uniremos,
Y para siempre! —más aquí, jamás!

¡Dulces horas pasadas a tu lado
En que tu sér mi alma fecundó,
En que fui comprendido, adivinado,
Amado casi.... todo se acabó!

¿Quién me podrá volver lo que en tí pierdo?
¿En mí tu falta quién suplir podrá?
¡Cuando ni sé si tu fatal recuerdo
De hoy más mi alivio o torcedor será!

Ah! sólo sé que el bien porque yo clamo
Bajo mi mano nunca yo tendré;
Que no amé nunca como a tí te amo,
Y que nunca sufrí cual sufriré!

Diez años ha —cuando mi solo amigo
Dejó sobre la tierra de existir,
La esperanza llevándose consigo,
Dejándome la nada en porvenir—

Yo pequeñuelo entonces aún me hallaba,
Sin cicatrices nuevo el corazón,
Y entre mi alma apenas clareaba
La odiosa luz de mi fatal razón;

Y aquel precioso amigo que perdía,
Su virtud, su talento, su bondad,
Ni en todo su valor yo conocía,
Ni la inmensa extensión de mi orfandad.

Y mi dolor, empero, fue locura
Que en su grandeza a mí me sorprendió:
Aún hoy del golpe la impresión me dura,
E irá conmigo mientras viva yo!

¡Y hora que no soy niño y que soy hombre,
Hora que sé lo que es el mal y el bien,
Cuando de amor entiendo el dulce nombre,
Es fuerza darte adiós a tí también!

A tí que amo, a tí que sé quién eres,
Que entera te has comunicado a mí,

Excepción entre todas las mujeres....!
A tí, Delina, adiós también a tí!

Adiós a tí! Cuando esta negra idea
Esté cumplida en su indecible horror;
Cuando en el cielo oscurecerse vea
El luminar de mi postrer amor,

Y en su lugar escrito quede: Nunca!
Y me envuelva la noche y soledad;
Y sienta mi alma su existencia trunca
Sin tí, Delina, su mejor mitad....!

—¡Cuál será de esta vida el solo día
Que ya pueda alegrar mi corazón,
Si no aquel en que cese mi agonía,
Y a Dios devuelva su funesto dón!

Y cuando tú, quizás en otros brazos,
Sin dolor, sin pesar, sin inquietud,
Amante, amada, envuelta en róseos lazos
Y en pleno sol y en plena juventud;

Oigas de muerte un caso desdichado,
Y una campana fúnebre gemir,
Y oigas un nombre, —el nombre ya olvidado
Que dabas al que acaba de morir!—

Oh! dame entonces un recuerdo amigo!
El que se otorga a todo el que no es más,
El que se otorga a extraño y a enemigo,
Y que negara sólo Satanás!

Los años volarán sobre mi huesa
Y en ella por centurias dormiré;
Y al fin se cumplirá la gran promesa,
Y ante mi Juez con los demás vendré.

Mas yo la humana inmensa muchedumbre
Cortando aprisa, solo iré a buscar
La faz mejor, los ojos de más lumbre,
El sér más bello y más capaz de amar!

Y, cuando ya la hubiere al fin hallado,
Juntos saldremos hacia el Juez los dos;
Y ante el concurso mudo y asombrado
Así diré resueltamente a Dios:

“Esta mujer a mí me pertenece!
Es la mujer que amó mi juventud!
Ya estoy juzgado; todo lo merece
Quien tanto amó; mi amor es mi virtud!

“No pido más: mi cielo sólo es ella!
El que se atreva, véngala a pedir!
Delina es ésta —sí! la sola estrella
Que alumbrará mi eterno porvenir!”

Así diré; y oirás lo que has oído
Anté los hombres, y ángeles y Dios.
Ahora mi amor, si puedes, da al olvido:
Guárdame el tuyo para entonce! Adiós!

XXVII.—HISTÓRICO

Me quieres asegurar
que yo poeta nací:
Sí: nací para cantar;
Mas para cantarte a tí.

La voz que exhaló mi lira,
Y en tinta el papel guardó,
Esa voz por tí suspira,
Y para tí se exhaló.

Sin conocerte te amaba,
Adivino te canté;
Lo que en la vida buscaba
En tu sonrisa lo hallé.

Por primera vez al verte,
Un misterio en mí pasó:
Yo pensé reconocerte,
Y ver lo que nadie vió.

Un recuerdo misterioso
De otro mundo y de otra edad!
Del cielo un viso glorioso,
Un trasluz de eternidad!

Y mi sér sintióse lleno
De una existencia mayor,
Y en el fondo de mi seno
Una voz trinó mi amor;

Y en mi corazón convulso
Voraces llamas sentí,
Y un irresistible impulso
Que me arrebatava a tí.

—Ah! si entonces la barrera
No hubieras puesto que hallé
Nunca yo bajado hubiera
Al abismo a que bajé!

Que afligido, despechado,
Ardiendo en celos y amor,
Y sangriento y desgarrado
El corazón de dolor,

Dejé a aquella que pudiera
Mi existencia ennoblecer,
Y a buscar fuí quien me diera
De degradarme el placer!

Ay! y de mi lira el canto
Que por tí debió sonar,
Y de mis ojos el llanto
Que por tí debió brotar:

Todo ante un ídolo horrendo,
Todo profanado fue:
Amar a Dios no sabiendo
Ay! a Satanás amé!

Hoy —hoy vuelvo a tí de nuevo:
Mas el mismo ya no soy;

Borrar la mancha que llevo
Ni tú misma puedes hoy!

¿Ni tú? ¿qué dije? Tú puedes
Volverme mi juventud,
Y, cual Jove a Ganimedes,
Exaltarme a la virtud!

En tí la voz: Yo te amo,
Sí! te lo digo en verdad,
Me dará cuanto reclamo:
Vida, honor, felicidad!

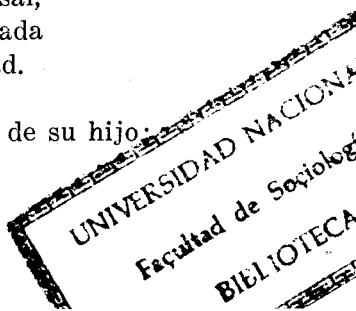
XXVIII.—EL SERAFIN Y LA MUJER

Era tu amante. Desdeñado, triste,
Y el triunfo viendo de un feliz rival,
La esperanza perdí de hacerte mía
Y de obtener tu corazón jamás;

Y arrancar no pudiendo de mi pecho
Ni tu memoria ni mi amor fatal,
Siéndome odiosa ya sin tí la vida
Y un infierno sin tí la eternidad;

Volví mi corazón y alcé mis ojos
Con lágrimas al Padre universal,
Y le pedí que me tornase en nada
O se dignase verme con piedad.

Y él me escuchó. —la voz oyó de su hijo:
Tornó mi corazón a palpar,



Y una esperanza angélica, divina,
Bajó del cielo y sosegó mi afán.

Ay! la hermosa mujer que tanto amaba
De improviso ante mí desapareció,
Y en su lugar brillante alzóse un ángel,
Un ángel, sí, brillante más que el sol!

Cayó la carne: el alma presentóse;
Yo comprendí la gran bondad de Dios,
Yo comprendí que todo aquí no acaba,
Que hay otro mundo de inmortal amor.

Y ya inspirado con tan grande idea
Pulsé mi lira y levanté mi voz,
Y te cité para el postrero día
Para el reino infinito del Señor.

Y aunque lloraba, dulce me era el llanto,
Que iba mezclado con mi triste adiós
Un dulce sentimiento de esperanza,
Que aliviaba el pesar del corazón.

Hoy, Delina, yo te amo todavía;
Te amo, Delina, cual jamás te amé:
Te amo, te adoro, todo yo soy tuyo,
Cuanto ya he sido, cuanto habré de ser!

Y, oh dicha inmensa! inapreciable gloria!
Soy amado de tí, tengo tu fe:
No hay ya desaires que afligirme puedan,
Ni rival a quien deba aborrecer.

Ahora yo, pues, debiera ser dichoso....
Mas ay! infortunado! ¿lo diré?
No soy feliz; tu amor, que es mi tesoro,
Es quien me roba mi quietud también.

No hay ya ilusión; el ángel ha volado
Y en su lugar ha vuelto la mujer:
¡Hermosa, seductora, irresistible,
Que me tiene en cadenas a sus pies!

Ah! vivir pude y esperar tranquilo
Cuando en tí contemplaba el serafín;
Mas hoy que adoro en tí mi dulce amante,
No puedo ya, no puedo en paz vivir!

Tus miradas de fuego me anonadan,
Me hacen temblar tus labios de carmín;
La imagen de tus gracias virginales
Donde quiera me viene a perseguir.

¿Será la dicha, pues, un dón funesto,
Y tu amor un castigo para mí?
¿Será infalible, pues, que acá en la tierra
No podré, mientras viva, ser feliz?

Ah! ni hay ya para mí más que dos muertes:
—O expirar de dolor lejos de tí,
O en tu seno adorado y palpitante,
De dicha inmensa y sin igual morir!

XXIX.—MI LIRA

Toma mi lira, Delina,
Tómala ya, que profunda
Desde sus lóbregos senos
Llama a tu amigo la tumba:
Tómala, y cuando, a los rayos
De tu lámpara nocturna,
Junto a tu lecho la cuelgues,
Todo mullido de plumas,
Oirás sus cuerdas de oro
Que retemblando murmuran;
Oirás sus tristes suspiros
Que entre las sombras fluctúan.
Y, si tus dedos de rosa
Sus cuerdas rápidos pulsan,
Si vagarosos en ellas
Lánguidos himnos modulan;
Verás que bajo tu mano
Trémulas lágrimas sudan.
Y sus marfiles se empapan
En menudísima lluvia.

Ah! cuando su luz de perla
Con que las vegas inunda
Desde los cielos derrame
La melancólica luna,
Con esa lira, Delina,
Oh! ven a la sepultura
Que de tu amante por siempre
Los tristes huesos ya cubra!
Allí, del ciprés sentada
Bajo las ramas augustas,

Sólo oirás zumbar el viento
Por las lejanas llanuras;
Allí, del árbol sagrado
Desprenderse por ventura
Sientas alguna hoja seca
En tu melena profusa,
Y entonces —cuando tu mano
Con una guirnalda cubra
La humilde cruz de mi huesa,
Entre el verdor medio oculta—
Delina, vírgen del cielo!
Desde el fondo de mi tumba,
Oiga yo que al menos lloras
Mi amor y mi desventura!
¡Oiga yo en la noche eterna
Gemir mi lira viüda,
Y, consolados, mis manes
Palpitarán de ternura!

XXX.—EN UN BAILE

Cuando, en mi capa envuelto a la española,
a media noche, en baile concurrido,
Del inmenso tropel desatendido,
Me escondo en un rincón;
Y miro allí pasar ola tras ola
El valse en su redondo movimiento;
Y, con la mano sobre el pecho, siento
Latir mi corazón....!

Y los perfumes mil de miles flores,
Y los reflejos mil de mil bujías,
Con ecos mil de miles armonías,

Ciento de lejos hasta mí llegar ;
Y las voces de damas y señores,
Y coloquios, y cánticos, y risas,
Todo zumbando cual las vagas brisas
Que juegan con las olas de la mar . . .

Pienso entonces que allí como extranjero
Me encuentro solo faz a faz conmigo ;
Que no hay un solo corazón amigo
Que me conozca allí !

Oh ! pienso entonces en mi amor primero !
En tí, mujer, que tanto amé, que adoro,
En tí, mujer, perdido bien que lloro . . . !
Delina, pienso en tí !

XXXI.—EN VISPERAS DEL COMBATE

Tristes, mortales córrense mis días ;
Hoy como ayer, mañana igual a hoy ;
Campos, montañas, cielos, todo cambia ;
Pero no cambio, no, mi corazón !

Mi corazón ! en él cual siempre reinas ;
Eterno en él aún vive el mismo amor,
Aquel amor que tú nacer hiciste,
Que sólo morirá muriendo yo !

No ! ni aún entonces morirá, Delina !
Mi amor, mi bien, mi orgullo, mi blasón !
Mi alma inmortal lo llevará consigo
Al pie mismo del trono del Señor !

Pronto quizá.... la muerte cerca tengo....
La odiosa muerte vaga en mi redor....
Es alta noche.... el enemigo en frente....
Tal vez mañana callará mi voz!

Si esta es mi hora postrera, tuya sea!
Todo el amor de que capaz soy yo,
Todo en mi pecho concentrado y junto
Te lo ofrezco, Delina, y te lo doy!

¿Lo aceptarás?... ¿Qué se oye?... El enemigo!
Alarma suena ronco el atambor!
Truena el bronce.... Mis armas! mi caballo!
Oh! dame algunas lágrimas! —Adiós!

XXXII.—¡LA HE VUELTO A VER!

Sin verla un año entero
Corrido, pues, había:
Un año de agonía,
Año de maldición!
Y su imagen empero
Doquier me perseguía;
Y al verla así sentía
Temblar mi corazón!

¡Recuerdo dulce y triste
Del tiempo que ha volado!
¡Del tiempo fortunado
Que nunca volverá!

Despreciar lo que existe,
Tal es la ley del hado;
¡Y llorar lo pasado
Y ansiar lo que será!

Si el hombre miserable
Lo que pinta en su mente,
Cual lo llora o presiente,
Pudiera conseguir....!
Mas tanto bien no es dable:
El mal siempre presente!
La dicha siempre ausente,
Pasada o por venir!

Y el hombre, ¡oh desconsuelo!
Va andando de contino,
Y a todo peregrino
Saluda y dice adiós!
Por eso inmoble el cielo
—¡Magnífico destino!—
Al fin de su camino
Le puso al hombre Dios!

Así pensaba yo pensando en ella;
Y de mis ojos lágrimas corrían,
Y mil recuerdos entre mí nacían
De luz, de vida, de placer, de amor!
Como de noche alguna aislada estrella
Luce remota, en cielo inmenso y vago,
Y empero, abajo acá la pinta un lago;
Tal ella, ausente, estaba en mi dolor!

Sobre su faz cual una leve gasa,
Pálido el tiempo echaba su tiniebla,
Cual la indecisa, rala y dulce niebla,
Que en las mañanas cubre cielo y mar:
Ya en los altos balcones de su casa;
Ya en su sofá, tendiéndome la mano;
Ya, junto a mí, sentada a su piano
Un mundo haciendo de él desencerrar!

¡Y todo ausente y para mí perdido!
¡Y, cual los nombres quedan en la historia,
Todo existente solo en mi memoria,
Y no pensar volver a verla más!
Ella, que amor, virtud, beldad ha sido!
Ella, que inspira amor, virtud, ternura!
Ella, de Dios imagen viva y pura!
Y entre ella y yo la odiosa voz *Jamás!*

Jamás!. . . . Oh, no! La habré de ver hoy mismo!
Oh! la veré! mi amor diréle intenso,
Aquel amor, fogoso, extraño, inmenso,
Que hace bullir mi sangre de español!
De despecho en un largo parasismo,
Hoy tal pensé; y hoy mismo hacia su puerta
Me dirigí: llegué; la hallé entreabierta;
Y entré por ella al irse a ocaso el sol!

¡Cómo expresar pudiera
Las hondas sensaciones
Que mis viejas pasiones
Despertaron en mí.

Al ver, cual antes viera,
Los patios, los balcones,
Los mismos barandones
Que en otro tiempo vi!

Desierto todo estaba!
Y todo silencioso!....
Y tan sólo, medroso,
De mis pies el rumor
Confuso resonaba,
Al yo cruzar ansioso
El giro tortuoso
Del largo corredor.

Del corredor en frente
Su estancia se veía....
Llegué al umbral.... ¡un día
Allí la conocí!
Y sudaba mi frente,
Y mi seno latía;
—¡Allí verla debía—
Entré.... la vi! la vi!

La misma sí que antes,
La misma que amé tanto;
La misma.... el mismo encanto
Pintándose en su faz!
De amor dulces instantes!
De amor ardiente llanto!
¡Casi me causa espanto
De dicha el ser capaz!

Es media noche: la ciudad dormida
Lejos de mí y a mi derecha yace;
Y el aura fría de los montes hace
Mis miembros y mis dientes tiritar.
La gran sabana, lóbrega, extendida,
Miro a mis pies, arriba las estrellas;
Y en occidente algunas vagas huellas
Que ha dejado la luna al trasmontar.

La he vuelto a ver! hoy otra vez la he visto!
Mas esta vez no ya por vez postrera;
Que hasta el instante mismo en que yo muera,
Todos los días volveré a sus pies!
Cual vive el eremita al pie del Cristo,
Mi vida entera pasará a su lado:
;Ella, presente, porvenir, pasado,
Ella en el mundo mi ángel guarda es!

No hay objeción, ni estorbo, ni reparo!
Ah! nada importa mi tenaz desdicha!
Ella es mi fin! ella es la misma dicha!
Y ya la he visto, y quiero ser feliz!
Mas yo feliz. . . .! Feliz, feliz un Caro!
Hay una maldición contra mi raza,
Que en su anatema a todos nos abraza,
Y escribe en nuestras frentes: Infeliz!

Y es cierto; y no por eso desespero!
Mi padre solo amarme supo en vida:
Después acá, jamás correspondida
Hallé de amor mi gran necesidad!

Y nada importa, y siempre en Dios espero!
 Ella por fin será por siempre mía!
 Mi amor y el suyo habrán de unirse un día;
 —Si el tiempo no, será la eternidad!

Junio 29 de 1840.

XXXII.—ETERNO ADIOS!

Tú cuya voz celestial llenó de divina armonía
 El seno oscuro do mi sér se encierra,
 Tal como suele de pronto llenar la noche sombría
 El canto patrio allá en extraña tierra!
 Tú cuya sola voz mil voces en mí desencierra
 Con mil memorias de la infancia mía!
 Adiós, que ya mi porvenir se cierra!
 Sí; para siempre adiós; adiós, sí, para siempre,
 (María!

Oh! comprender tú no quieres mi amor verdadero
 (y profundo!
 Entrar no quieres en el grande encanto
 Do solitaria mi lira suena incesante en su canto,
 Que sube a tí con eco gemebundo!
 Un horizonte me envuelve; en él mi existencia
 (difundo:
 Y, al verme solo en él, con vago espanto
 A veces tiemblo, a veces rompo en llanto!
 De él yo no salgo, y en él no penetra nadie en el
 (mundo!

Oh! y este horizonte encantado es mi sér, soy yo
 (mismo!

Y fué de él, tras su confín postrero,
Oigo gemir sin cesar de la humana miseria el
(abismo,

Como en su torre el mar el prisionero!
Oigo a los hombres, sin Dios, no entendiéndose,
(en gran desespero,

Nada! gritar, y Acaso! y Ateísmo!

Y oigo otra voz que desde el sér primero
Baja a aliviarnos, la voz del viejo, inmortal
(Cristianismo!

Dentro del cerco tan sólo miro mi propia
(Existencia:

De mi memoria miro el negro arcano,
El libro a medio-abrir, do, yo no sé de quién, una
(mano

De lo que fue me pinta una apariencia!
Miro como un sueño aéreo mi edad de inocencia;
El padre ido por quien lloro en vano;
Mi huerto aquel, mi hogar, mi abuelo anciano,
Todo fue, todo! —y todo guardado quedó en mi
(conciencia!

Oh misterio del hombre! oh gran soledad de la
(vida!

Mar que me envuelve en sueños y despierto!
Huyo —y me sigue, y me envuelve al través del
(tiempo en mi huída;

Y siempre a mí su cóncavo está abierto!
Dentro, a par de eremita que gime en ignoto
(desierto,

Mi lira gime en voz adolorida;
Y ay! esa voz que sólo en eco incierto
Al mundo llega lejana, por mí no más es oída!

Ah! y esa voz interna que así de contino suspira,
 Al tú asomar, de pronto acalla el lloro,
 Y un espontáneo canto, puro cual lumbre, cual oro,
 Dulce se exhala de mi negra lira!
 Y sube a tí, como al cielo sube la llama en la pira,
 A tí, mujer cuya piedad imploro,
 A tí, mujer que por destino adoro,
 Porque tu nombre no más mis potencias todas
 (inspira!

Oh María, sí! Ese gran poder de paz y consuelo,
 Ese poder que en mí tu nombre tiene,
 No lo sabes tú, ni nadie saberlo puede en el suelo:
 Lo sé yo solo, y Dios, de quien te viene!
 Ah! ya que a mí la dicha de hacerte feliz no
 (conviene,
 Que Dios por siempre la negó a mi anhelo,
 Sepa yo al menos que tu faz mantiene
 Siempre plácida, lejos de mí, la sonrisa del Cielo!

Ah! no será, no: que sólo el amor nos da la
 (ventura!
 Y escucha atenta lo que hoy te digo:
 Tú no me amas, y un día vendrá en que dejando el
 (abrigo
 Del sacro hogar do huyó tu infancia pura,
 Sola con otro te irás; y entonces, mi amor te lo
 (augura,
 Un nuevo día al fin vendrá enemigo,
 En que dirás: "oh pobre y viejo amigo!
 Ay! él me amaba más, él, ay! con más verdad y
 (ternura!"

Díme, pues, díme: ¿querrás unir con mi amor
(inaudito

El amor tuyo en una misma suerte?

Oh! resuelve, resuélveme, sí, pronto; que el último
(grito

Pronto dará mi lira al ver la muerte!

Este horizonte, do yo te convido conmigo a
(meterte,

Sin fin no es, mi amor es circunscrito:

De él hay en torno un Sér mayor, más fuerte,
Do sumergido todo se encuentra; su nombre:
(Infinito!

Hoy, ya de aquel de los montes patrios más alto
(en la cima

Vuelvo de mí los ojos en redondo,

Miro, —nuevos montes lejos, la tierra miro en lo
(hondo,

—Y el cielo azul, en derredor y encima!

Algo siempre me ataja; mañana tal vez no
(reprima

Nada el impulso que en mi seno escondo:

Sin fin la tierra abajará su fondo!

Idos los montes, abierta del cielo inmensa la sima!

Es que a un tiempo las vallas todas de mi hórrido
(encierro,

Sin saber cómo, al suelo habrán caído!

Es que por siempre se habrá terminado ya mi
(destierro!

Es que habré visto al Gran Desconocido!

Es que habré ya muerto! es que estaré ya con
(Dios confundido!

Cogiendo el *todo*, en que hoy finito yerro;

Veré del mundo en un rincón perdido,
Sola, seguir una tarde mi madre mi cuerpo a su
(entierro!

Un instante vendrá, yo no sé si de horror o alegría
Cuando la humana innumerable gente
Toda a entrar así volverá de Dios en la mente
De do salió; y entonces, amada mía,
Como dioses seremos los hombres sin noche ni día;
Y absortos en el Ser indeficiente,
Huirá por siempre en él de mí tu frente....
Ay! adiós para entonces, adiós para siempre,
(María!

XXXIV.—SOCIEDAD Y SOLEDAD

¿Sabes quién soy? oh dulce amiga mía!
¿Quieres saber lo que otro tiempo fui,
Y lo que soy, y lo que ser podría,
Y cuanto duerme oculto dentro en mí?

¿Quieres sondar los senos de mi alma,
Sacar a luz y conocer mi amor,
Y de la mar, que has visto sólo en calma,
Ver la tormenta en todo su esplendor?

Oh! cada noche, haciendo larga rueda,
Con doce más, en tu oriental sofá,
Antes que hurtar mi puesto nadie pueda,
Cerca de tí me ves sentado ya.

Mas, mientras gira en torno y a mi lado
El dulce hablar y el dulce sonreír,

Yo permanezco estúpido y callado
Como el que nada tiene que decir.

Es que a otro mundo entonces tú me llevas;
Es que mi alma siento engrandecer;
Es que de pronto en mí potencias nuevas
Siento agitarse y completar mi sér!

Si entonces yo, sin más rubor, gritara;
Si reventar dejara el corazón,
De inolvidable asombro os penetrara
Ese grande rugido de león!

—Es de noche: a la luz de las estrellas,
Cuando el matiz de fuego y arrebol
Ya está borrado de las vivas huellas
Que, al irse, estampa en occidente el sol;

Es de un peñasco en la escampada altura,
De donde puedo libre contemplar
Los verdes campos, la montaña oscura,
El cielo azul, la inmensidad del mar:

Es, pues, allí y entonce, amada mía,
Cuando conmigo y Dios no más estoy,
Que mi sér brilla en pleno mediodía,
Y que aparezco a mí tal cual yo soy!

Nadie me ha visto así transfigurado!
Mi propia forma yo no más la sé:
Que torno a entrar apenas en poblado
Y nada resta de lo que antes fue!

Sólo en mis cantos vive algún diseño
De esa gloria de noche y soledad,
Como del niño en el primer ensueño
Aun luce la reciente eternidad!

Guarda mis cantos, dulce amiga mía!
Esa es mi herencia que te lego a tí;
Cuando en el mundo no me mire el día,
Quede a lo menos ese són de mí!

XXXV.—ESTAR CONTIGO

Oh! ya de orgullo estoy cansado,
Ya estoy cansado de razón;
¡Déjame, en fin, hable a tu lado
Cual habla sólo el corazón!

No te hablaré de grandes cosas;
Quiero más bien verte y callar,
No contar las horas odiosas,
Y reír oyéndote hablar!

Quiero una vez estar contigo,
Cual Dios el alma te formó;
Tratarte cual a un viejo amigo
Que en nuestra infancia nos amó;

Volver a mi vida pasada,
Olvidar todo cuanto sé,
Extasiarme en una nada,
Y llorar sin saber por qué!

Ah! para amar Dios hizo al hombre!
¿Quién un hado no da feliz,
Por esos instantes sin nombre
De la vida del infeliz,

Cuando, con la larga desgracia
De amar doblado su poder,
Toda su alma ardiendo vacía
En el alma de una mujer?

Oh padre Adán! ¡qué error tan triste
Cometió en tí la humanidad,
Cuando a la dicha preferiste
De la ciencia la vanidad!

¿Qué es lo que dicha aquí se llama
Sino no conocer temor,
Y con la Eva que se ama,
Vivir de ignorancia y de amor!

Ay! mas con todo así nos pasa;
Con la Patria y la juventud,
Con nuestro hogar y antigua casa,
Con la inocencia y la virtud!

Mientras tenemos despreciamos,
Sentimos después de perder;
Y entonces aquel bien lloramos
Que se fue para no volver!

XXXVI.—LA SONRISA DE LA MUJER
Y EL ALMA DEL POETA

Hay en mi sér potencias adormidas,
Hay en mi mente ocultos pensamientos,
Hay en mi corazón presentimientos
Cuyo poder y cuyo fin no sé:
Como a la madre son desconocidas
Las formas de ese sér misterioso
Que entre su seno bulle tembloroso,
Y es algo ya, mas nadie sabe qué!

Mas cuando estoy contigo y a tu lado,
Y oigo tu voz y miro tu sonrisa,
Siento pasar por mí de Dios la brisa,
Siento nacer un hombre nuevo en mí!
Y entonces, dominando lo pasado,
Y el vago porvenir y lo presente,
En cerco inmenso ensánchase mi mente,
Cuyo foco de vida irradia en tí!

Entonces las potencias que en mí callan,
Una tras otra, a mi presencia llegan,
Y, juntas ya, radiantes se despliegan
Cual aureola en torno de mi faz:
Fuerzas de amor ignotas en mí estallan,
Y soy capaz de cosas buenas, grandes,
Capaz de todo cuanto entonces mandes,
Y de martirio y de virtud capaz!

Oh! cuando al fin mi alma desprendida
Del barro vil, a Dios levante el vuelo,
No dará tánta luz allá en el cielo

Cual la luz que a tu lado esparce aquí!
 Y el serafín, custodio de mi vida,
 Al presentarse a mí por vez primera,
 Sonrisa no traerá tan hechicera
 Cual la sonrisa que hoy adoro en tí!

XXXVII.—PERDON! PERDON!

Y es posible que yo te haya ofendido!
 Que tan brutal, tan bárbaro haya sido
 Que a tí, Delina, a tí,
 Cobarde, ingrato y vil haya ultrajado,
 Y a un tiempo cuanto debo haya olvidado
 Tanto a tí como a mí!

¿Dónde el respeto a tu virtud estaba?
 ¿Dónde mi admiración por tu hermosura?
 ¿Dónde mi estima, dónde mi ternura?
 ¿Dónde mi inmensa, mi inmortal pasión?
 Ah! y en aquel momento yo te amaba
 Con el amor más puro y más sincero!
 Sí; de amor en las llamas, todo entero,
 Se abrasaba por tí mi corazón!

¿Cómo, pues, pude amarte y ofenderte?
 Amor y ofensa —como vida y muerte,
 Como verdad y error,
 Como inocencia y crimen— no se excluyen?
 ¿Cosas no son que mutuas se destruyen
 La ofensa y el amor?

Ay! en el hombre débil y finito
Nada malo ni absurdo es imposible:
Ya, por mí propio, he visto que es posible
A lo mismo que amamos agraviar:
Sólo Dios, que es eterno e infinito,
Dios, que pasión alguna nunca asalta,
Dios, incapaz de mal, de error, de falta;
Sólo Dios, que es perfecto, sabe amar!

Sí; yo te amo, te amaba, y te he ofendido!
Sin saber cómo, al mismo tiempo he sido
 Tu amante y tu ofensor!
Y ese es mi más amargo sentimiento,
Ese es ya mi inmortal remordimiento,
 Mi eterno torcedor!

Que si mujer vulgar fueses, Delina,
Y si mi amor, vulgar afecto fuera,
Sólo un dolor vulgar también sintiera
Y pronto le dejara de sufrir.
Mas ay! a tí, fue a tí, mujer divina,
A tí, mujer tan bella, y dulce, y pura,
A tí, que adoro, a quien mi boca impura
Lo que hoy no oso pensar, osó decir!

Correspondencia! Oh dulce atroz memoria!
Oh del amor perdida inmensa gloria!
 Oh esperanza inmortal!
Todo por siempre pudo arrebatarlo,
Y en el mar del olvido sepultarlo
 Un momento fatal!

¿Qué digo? Ya tal vez lo ha sepultado!
¿Tal vez? Oh, no! por Dios, Delina, aguarda,
La sentencia mortal, por Dios, retarda!
Consulta tu bondad, tu corazón!
Mas si ya para siempre has arrancado
Mi amor y mi memoria de tu pecho,
Si a tu amistad perdí todo derecho,
Ay! logre yo siquiera tu perdón!

XXXVIII.—PROPOSICION DE MATRIMONIO

I

Después de tantos negros desengaños
Que ya sufrí, de tanto amargo lloro,
De tantos males cuya cuenta ignoro,
Que desde niño me han envuelto a mí;
Cual la esperanza al fin de nuestros años,
Cual el consuelo al fin de la desdicha,
Astro de amor! imagen de la dicha!
Hurí del cielo! te he encontrado a tí!

Y tú no sabes cómo yo te amo!
Oh! más que Patria, amigos, deudos, madre!
Más que la sombra misma de mi padre!
Más que la gloria, el mando y el saber!
Por tí daría de laurel mi ramo,
Por tí daría nombre y apellido,
Por tí daría cuanto soy y he sido,
Por tí daría cuanto puedo ser!

Ah! y ese amor tan vasto y noble, empero,
No llena más de mi alma el gran vacío

Que el cauce seco de un inmenso río
Puede llenar del campo un vil raudal!
Amarte más, amándote, yo quiero;
Que siento en mí que amarte más podría:
Mas dicho está que al esplendor del día
Jamás aquí saldrá mi amor total!

Es que finito y flaco el hombre nace,
Y del fastidio nadie lo preserva;
Es que sin duda al hombre Dios reserva
Para otro mundo y otro sér mejor!
Es que en la tierra nada satisface,
Ni cosa alguna aquí se ve completa;
Ni el ruego a Dios, ni el canto del poeta,
Ni el mal ni el bien, ni el odio ni el amor!

II

El hombre es una lámpara apagada,
Toda su luz se la dará la muerte,
Y un nuevo nombre, y una nueva suerte,
Y un nuevo sér —demonio o serafín!
Al alma el tiempo tiene aquí tapada:
La eternidad del tiempo rompe el velo....
La eternidad! —oh Dios! infierno y cielo!
Odio y amor completos y sin fin!

Odio y amor! Del gran linaje humano,
Que viejo cubre desde Adán la tierra,
Cada individuo el signo oculto encierra
Del mal o el bien, de Satanás o Dios!
De eternidad al lóbrego oceano

Llega el instante en que las velas tiende:
Lo que es, entonces súbito comprende,
Y al barro vil por siempre dice adiós!

Tánta verdad que hoy duda, teme, espera;
Tántos oscuros, hondos pensamientos;
Tántos inquietos, vagos sentimientos,
El hombre entonces faz a faz va a ver!
Sin nube ya ni incómoda barrera,
El justo entonces se verá a sí mismo;
De Dios entonce el grande, eterno abismo
Su corazón podrá satisfacer!

Oh! tú de Dios impreso el signo llevas
En tu voz, tu mirada, tu sonrisa;
Y en lo que hoy eres, débil se divisa
Toda la luz que entonce habrás de dar.
Entonce! En mí de amor potencias nuevas!
En tí perfecta tu beldad hoy trunca!
Hermosa tú, y hermosa más que nunca!
Amante yo, cual hoy quisiera amar!

III

Oh! ¿qué me importa, pues, que aquí y ahora
El cetro del destino nos aparte,
Si en otro tiempo, al fin, y en otra parte
Me darás tanto y más que puedes hoy?
¿Ni qué me importa que por una hora
Hayas de ser de algún rival más listo,
Si él no tendrá lo que él en tí no ha visto,
Lo que yo vi, lo que esperando estoy!

¿Qué le darás . . . ? No más de lo que tienes:
 Todo tu amor, amor perecedero!
 Tu rostro hermoso, angélico, hechicero . . .
 Pero que al fin habrá de envejecer!
 Y nada más! y más no son sus bienes!
 Eres mujer, después serás arcángel:
 Oh! ¡que yo tenga para siempre el ángel,
 Y él tenga aquí cien años la mujer!

Dale aquí, pues, tu amor, tu fe, tu nombre;
 Unete aquí con él en firme lazo;
 Tu primer beso, tu primer abrazo!
 Dáselo todo —la esperanza a mí!
 Oh! la esperanza! el solo bien del hombre!
 Del pobre, el triste, el viejo, sola amiga!
 Que a lo presente lo futuro liga,
 Y hace bajar el cielo al mundo así!

Ah! no me robes este dulce sueño,
 Que hoy mi orfandad alegre y mi abandono!
 ¡Díme que allá, y al pie del santo trono,
 Tendremos juntos un lugar los dos!
 ¡Díme que allá seré exclusivo dueño
 De cuanto el Padre a tí te predestina!
 Que allá, por siempre, para tí, Delina,
 Seré el primero yo después de Dios!

XXXIX.—LA BENDICION NUPCIAL

I

Oh! mira la selva de viejos, altísimos robles
 De do Tequendama levanta su eterno clamor;

Clamor que de lejos remeda los rancos redobles
Que un Genio sacara de algún estupendo atambor!

Medita esa selva, su fin y su origen medita;
¿En ese desierto quién pudo quererla sembrar?
¿Quién, dime, quién pudo tener la paciencia
(infinita;
De uno por uno sus árboles todos plantar?

No! nadie, sin duda! La selva por sí se ha
(formado;
De un árbol primero los otros vinieron en pos,
Que a aquel primer árbol el germen fecundo fue
(dado
De miles de robles, de miles de selvas por Dios!

Después, de los cabos del ancho y redondo
(horizonte
Vinieron los vientos, el alto prodigio a cumplir;
Cargados del germen, lo largo corrieron el monte
Y el bosque sembraron donde hoy se les oye gemir.

Lo mismo los peces que esconde el inmenso
(oceanos!
Lo mismo esas aves que hendiendo la atmósfera
(ves!

Y plantas, e insectos, y brutos, y el género
(humano,
Señor de esta tierra que pisan soberbios sus pies!

II

Sí, cuanto goza aquí de aliento y vida,
Cuántas especies fueron y serán,

Cual cadena jamás interrumpida
Todas proceden de un primer Adán!

Mas, después de ese Adán único y fijo,
Cada cual torna a ser principio y fin,
Causa y efecto a un tiempo, padre e hijo,
Abuelo y nieto, Isaac y Benjamín!

Cada cual, cuanto fue representando,
También prepara todo el porvenir,
Y, al que nació primero continuando,
Guarda al que debe el último morir!

Si algún rebelde anillo se separa,
Formando al lado estéril excepción,
La cadena le olvida y no se para,
Y de eslabón prosigue en eslabón!

Oh! en uno de sus raptos un profeta
Pudiera así, con vista celestial,
De un golpe ver la humanidad completa
En la persona de cualquier mortal!

III

Sin ese socorro del cielo bajado,
¿Quién toda su especie pudiera abarcar?
¿Quién, dí, lo presente, futuro y pasado,
En una mirada pudiera juntar?

Aquel solamente que inmóvil existe,
Que ve el Universo rodar a sus pies,

Que solo sin tiempo ni espacio subsiste
Que solo el primero y el último es!

Aquel que al principio del caos el abismo
Con una palabra fecundo tornó,
Reunida en un punto contempla en sí mismo
La innúmera raza que Adán comenzó!

¡Visión soberana, de Dios viva gloria,
Que eterna ilumina su eterna unidad,
Do escrita completa fulgura la historia
De toda existencia, de toda verdad!

Luzbel, no me tientes!... ¡tu orgullo estupendo
No venga a asociarnos jamás a los dos!...
Aparta, maldito! que a veces comprendo
Tu inmenso pecado, tu envidia de Dios!

IV

Con esa cadena que seres a seres anuda,
Corre otra cadena do el mal eslabónase al bien;
Nosotros, en sombras envueltos y en mísera duda,
De fuerza o de grado, seguimos su curso y vaivén.

De dónde venimos? qué somos? a dó caminamos?
Quién sabe qué suerte mañana la nuestra será!
Quién sabe qué traiga mañana lo que hora
(pensamos!

Mi lira que hoy llora mañana tal vez callará!

Oh tiempo! Dios solo conoce tu oscuro secreto;
Nosotros sembramos, el fruto madúralo él;

De súbito al hombre presenta ese fruto repleto
A veces de néctar, a veces de acíbar y hiel!

Y nada aprovechan desvelos, afanes, fatigas;
Romperse la frente con cálculo y cálculos mil;
Buscar los consejos preciados de gentes amigas....
Granizo imprevisto de pronto destruye el pensil.

Del justo en la tierra la cuenta resulta fallida,
A Dios invocando y haciendo a su prójimo el bien;
Llamando al Demonio, de crimen tejiendo su vida,
Al malo su cuenta fallida le sale también!

V

¿Quién puede responder del resultado
Que sus obras habrán de producir?
A medias recordando lo pasado,
Quién puede responder del porvenir?

De lo imposible el insondable abismo
Ningún ojo mortal midió jamás....
Sin poder responder ni aun de sí mismo,
Quién podrá responder de los demás?

Pudo Edipo existir, y de su padre
El homicida ser sin intención;
Cual lloró de placer al verse madre
La madre de Calígula o Nerón.

Un mundo, y tras su mundo una cadena
Halló Colón, más sabio que feliz:
¿Pudo soñar, decid, con Santa Elena
Napoleón la noche de Austerlitz?

Sabios! héroes! monarcas! estos nombres
Sólo de orgullo un privilegio os dan;
Que para el porvenir los grandes hombres
Tan ciegos todos como el vulgo van!

VI

Mujer hermosa de tu rostro vana,
Sí, la ciencia de Jenner soberana
Deja brillar tu tez;
Mas, ay! la muerte sola con su ciencia
Librará tu beldad de esa dolencia
Peor de la vejez!

Y antes de muerte y de vejez la mano
De sabio, inexorable cirujano
Vendrá tal vez, brutal,
Sin admirarlas ya, casi sin verlas
A despojar de sus brillantes perlas
Tu boca de coral!

La base del poder no es más segura
Que el triste porvenir de la hermosura:
Oh! dilo tú, París!
Que al grande Enrique y al imbécil Carlos
De vida o trono has visto despojarlos
Como al Santo Luis!

También el genio. . . . En vano se le mira,
Orgulloso abrazándose a su lira
En su lira creer;

Decir: "Yo propio formo mi destino;
Mendigo, prisionero, peregrino,
Genio siempre he de ser!

"Y hasta que el golpe sufra de la muerte,
Venceré los rigores de mi suerte
Con mi canto inmortal!"

Ay! que el genio también puede extinguirse;
Y el poeta, ya mudo, consumirse
Loco en un hospital!

VII

¿Dónde, pues, la regla eterna
De nuestras obras buscar
La luz que de nuestra vida
Disipe la oscuridad;
Dó la ley que nos disponga
Para el bien y contra el mal,
Si para el hombre no aclara
Ese porvenir jamás;
Si beldad, riqueza, gloria,
Ciencia, genio, autoridad,
Tántas vanas garantías
Que envidia con necio afán,
Puede perderlas mañana
cual las pudo ayer ganar,
De alta fortuna cayendo
A indecible adversidad?
Oh! ¿dó la ley de la vida,
La ley del bien y del mal,
Si para el hombre impotente
El porvenir es azar?

VIII

Oye! la regla existe, yo la tengo.
No sé quien soy, no sé de dónde vengo,
 Ni qué será de mí;
Y oye! mañana una mujer querida
Y yo por siempre nuestra doble vida
 Unimos con un sí.

Y qué resultará? Todo es posible!
El porvenir inmenso, inaccesible,
 Qué no puede encerrar?
Lágrimas! crimen! infortunio! muerte!
Como también una tranquila suerte
 Sin nubes ni pesar!

Al arrancarla del solar paterno,
Voy a exponer acaso a crudo invierno
 Esa indefensa flor:
Hoy nos sonrío mi mejor estrella;
Acaso el pan mañana para ella
 Mendigue del dolor!

Hoy su radiante, juvenil figura
Imagen es de vida y de ventura
 De candor y placer!
Ay! nueve lunas más.... y acaso el fruto
De nuestro amor al darme, dé en tributo
 A Dios también su sér!

Y, ese riesgo salvado, todavía
;Quién me dirá si en mi vejez un día,
 De duelo y aflicción,

Dar pudo Dios lo que es de Dios tan sólo;
¡En la mano abarcar, de polo a polo,
Del tiempo y la creación la inmensidad!

Sí, sólo Dios es Dios! mas, en su ciencia,
Sin igualar a sí su criatura,
Dióle la libertad y ley segura
Para regir su propio corazón!
¡Oh sumos bienes: libertad, conciencia,
Por los cuales al hombre limitado,
No lo salva o condena el resultado,
Mas lo salva o condena la intención!

Esta la regla, la alta ley es ésta:
No conseguir el bien, sino buscarlo;
Que en buscarlo de veras, no en hallarlo,
El mérito consiste y la salud!
Oh! gloria a AQUEL por quien la ley fue impuesta
Que en esa ley que todo lo reparte
Cada cual se llevó la mejor parte:
Dios el poder, el hombre la virtud!

XI

La virtud! la virtud! La fuerza santa
Que el alma embriaga de inefable gloria,
Cuando al vicio que aleve se levanta,
Callada arruina en interior victoria!

Ah! ¿qué importa el azar de lo futuro,
Que irrevocable sea lo pasado,
Si el corazón aún se conserva puro,
O está ya limpio el corazón manchado?

No, no mintáis, no blasfeméis, doctores,
Al Padre universal representando
Nuestras obras, por gozos y dolores,
En balanzas finísimas pesando!

Mentís! no hay tal balanza en que se cuente
Momento por momento en nuestra vida:
Dios toma, cual existe, lo presente,
Y lo pasado y lo posible olvida!

La justicia de Dios es la de Cristo;
Cristo, que a la llorosa Magdalena
Sin hacer cuentas, perdonar fue visto
La larga vida de torpezas llena.

Cristo inocente que a un ladrón infame,
Por sus delitos en la cruz colgado,
Excita a que perdón al Padre clame,
Y al clamar por perdón es perdonado!

Cómo! ¿diréis que al niño moribundo,
Que del afecto maternal vivía,
Más que si fuese conservado al mundo
Hubiera sido criminal un día,

A ese niño, diréis, Dios va a contarle
Cuantos delitos cometer pudiera,
Para con sus horrores compensarle
El candor de una infancia pasajera?

¿O pensáis que al guerrero generoso
Que muere por su Patria en la pelea,

Y gana con morir que más gravoso
Para su Patria el despotismo sea ;

A ese mártir, el Ente Soberano
Pensáis le enrostrará su dura suerte,
El mal suceso de su esfuerzo vano,
Y las muertes venidas con su muerte?

Sólo el hombre, al juzgar, usa balanza:
Porque, desde el inglés al samoyedo,
La justicia del hombre es su venganza,
O su interés, o su flaqueza y miedo.

La sociedad, cuando a premiar se obliga,
Por cálculo tan sólo recompensa,
Y, cuando en nombre de la ley castiga
Por prevención castiga y por defensa.

Sus esfuerzos no paga al ignorante,
Ni agradece del pobre el sacrificio;
Que no pide su amor al más amante,
Sino al más hábil su mejor servicio!

Del hombre-juez ante el mirar severo
En vano llora el criminal su crimen;
Su llanto, su pesar hondo y sincero
Del suplicio fatal no lo redimen!

Mas el Señor que de los hombres nada
Teme ni espera, y nada necesita,
Ni puede recelar ver asaltada
La roca inexpugnable donde habita,

Dios juzga al hombre en sí; y acoge al bueno
Su interés, por su solo amor benigno;
Y al malvado rechaza de su seno,
No por perjudicial, mas por indigno.

Si Dios nos pesa en eternal balanza,
¡Balanza singular es la del cielo,
Que al malhechor rendido abre esperanza,
Y al bueno deja en su dolor consuelo!

Y en vano acusa el resultado injusto,
O la vida anterior infunde espanto:
Siempre le vale su inocencia al justo,
Y al pecador arrepentido el llanto!

XII

Ven ya, pues, de Cristo Apóstol,
Y bendice nuestra unión;
Nuestra unión a que preside
Un ardiente y puro amor!

Hoy son puras nuestras almas,
Ay! quizá mañana no:
Mas el día que bendices
No es mañana sino hoy.

Hoy felices nos sentimos:
Quizá al fin entre su horror
Nos sorprenda el infortunio
Con su paso de ladrón;

Con los años quizá vengan
La frialdad y el desamor;
Quizá falta sobre falta
Nos lacere el corazón;

Quizá estos lazos tan dulces,
Tan dulces para los dos,
De escorpiones den al mundo
Infernal generación!

Llega, bendícenos siempre;
Que tú, ministro de Dios,
No el resultado bendices
Sino el acto y la intención!

Solamente te pedimos
Que a nuestro Juez y Hacedor
Por nosotros cada día
Alces también tu oración:

Que ruegues al Santo, al Fuerte,
Que débiles nos formó,
Nos socorra con su fuerza
Al venir la tentación;

Y, si por fin luchando sucumbimos,
Que por Cristo de todos Redentor,
Su amor devuelva a sus llorosos hijos
Cuando clamen al Padre por perdón!

XL.—UNA LAGRIMA DE FELICIDAD

Solos, ayer, sentados en el lecho
Do tu ternura coronó mi amor,

Tú, la cabeza hundida entre mi pecho,
Yo, circundando con abrazo estrecho
 Tu talle encantador;

Tranquila tú dormías, yo velaba.
Llena de los perfumes del jardín,
La fresca brisa por la reja entraba,
Y nuestra alcoba toda embalsamaba
 De rosa y de jazmín.

Por cima de los árboles tendía
Su largo rayo horizontal el sol,
Desde el remoto ocaso do se hundía:
Inmenso, en torno dél, resplandecía
 Un cielo de arrebol!

Del sol siguiendo la postrera huella,
Dispersas al acaso, aquí y allí,
Asomaban, con luz trémula y bella,
Hacia el oriente alguna y otra estrella
 Sobre un fondo turquí.

Ningún rumor, o voz, o movimiento
Turbaba aquella dulce soledad;
Sólo se oía susurrar el viento,
Y oscilar, cual un péndulo, tu aliento
 Con plácida igualdad!

Oh! yo me estremecí. . . . sí; de ventura
Me estremecí, sintiendo en mi redor
Aquella eterna, fúlgida natura!
En mis brazos vencida tu hermosura!
 En mi pecho el amor!

Y, cual si alas súbito adquiriera,
O en las suyas me alzara un serafín,
Mi alma rompió la corporal barrera,
Y huyó contigo, de una en otra esfera,
Con un vuelo sin fin!

Buscando allá con incansable anhelo
Para tí, para mí, para los dos,
Del tiempo y de la carne tras el velo,
Ese misterio que llamamos cielo—
La eternidad de Dios!

Para fijar allí, seguro y fuerte,
Libre de todo mundanal vaivén
Libre de los engaños de la suerte,
Libre de la inconstancia y de la muerte
De nuestro amor el bien!

Y, en un raptó de gloria, de improvisó,
Lo que mi alma buscaba hallar creí;
Una secreta voz del paraíso
Dentro de mí gritóme: Dios lo quiso;
Sea tuya allá y aquí!

Y enajenado, ciego, delirante,
Tu blando cuerpo que el amor formó
Traje contra mi pecho palpitante....
Y en tu faz una lágrima quemante
De mis ojos cayó!

Ay! despertaste.... Sobre mí pusiste
Tu mirada, feliz al despertar;
Mas tu dulce sonrisa en ceño triste

Cambióse al punto que mis ojos viste
Aguados relumbrar!

De entonces acá ¡oh amante idolatrada
Mas sobrado celosa! huyes de mí;
Si a persuadirte voy no escuchas nada,
O de sollozos clamas sofocada:
¡Soy suya, y llora así!

Oh! no, dulce mitad del alma mía!
No injurieras de tu amigo el corazón;
Ay! ese corazón en la alegría
Sólo sabe llorar, cual lloraría
El de otro en la aflicción!

El mundo, para mí de espinas lleno,
Jamás me dió do reclinar mi sien;
Hoy, de la dicha en mi primer estreno,
El lloro que vertí sobre tu seno
Encerraba un Edén!

—Oh! La esposa, que joven y lozana
Diez hijos a su esposo regaló,
Y que después viuda, enferma, anciana,
A sus diez hijos en edad temprana
Morir y enterrar vió:

Esa mujer, que penas ha sufrido
Cuántas puede sufrir una mujer!
Esa madre infeliz, que ha padecido
Lo que tan sólo la que madre ha sido
Alcanza a comprender:

Ella, pues, cuando a buenos y a malvados
 Llame a juicio la trompa de Jehová,
 Sus diez hijos al ver resucitados,
 Al volver a tenerlos abrazados....
 Oh! de amor llorará!

Y de esa madre el dulce y tierno llanto
 A la diestra de Dios la hará subir,
 Y tal será su suavidad y encanto,
 Que en su alta gloria al serafín más santo
 De envidia hará gemir!

Mas ese llanto del amor materno,
 Vertido en la presencia del Señor,
 Al entrar de la vida al mundo eterno,
 No, no será más dulce ni más tierno
 Que el llanto de mi amor!

XLI.—A MI PRIMOGENITO

¿Quién eres tú que habitas ese seno,
 Criatura, a quien de pasmo y gozo lleno,
 Bajo mi mano siento remover?
 ¡Tú, que en una mujer ya tienes madre,
 Tú, de quien ya, feliz, me llamo padre,
 Sin poderte siquiera conocer!

De dónde vienes? Sales de la nada....?
 Hay *nada*, pues? hay *cosa* así llamada?
 La Nada es el no-ser; puede existir?
 Puede ser fecundada? ¿y un vacío
 Inerte, mudo, tenebroso, frío,
 Luz, mente, vida puede producir?

De dónde vienes? cómo tu progreso
Maravilloso comenzó? qué es eso
Que no era ayer y es hoy? qué eras ayer?
Qué es empezar? —¡Crepúsculo sin nombre,
En que su débil vista cansa el hombre
Buscando el paso de la nada al sér!

Y a dónde vas? qué te reserva el mundo?
Ángel de luz! tu espíritu fecundo
Explicará los cielos cual Newton?
¿O, demonio sangriento, por la tierra
El azote agitando de la guerra,
De América serás Napoleón?

¿Virgen de un ciego voto arrepentida,
Triste, en el claustro pasarás tu vida
Llorando sin cesar ante la cruz?
¿O por la libertad de un pueblo heroico
A un calabozo irás, mártir estoico,
Para morir sin sociedad ni luz?

¿O en una linda y patriarcal cabaña,
Construída a los pies de una montaña,
Al borde de un torrente bramador,
Con tus manos labrando un ancho huerto,
Solo con tu familia y el desierto,
Te hará feliz un inocente amor?

Oh! todo puede ser! sin duda, todo!
—Todo! diamante puro, sucio lodo,
Una persona, dos, varón, mujer:

A tu madre o a mí más parecido. . . .
Ay! aun acaso sin haber vivido,
Informe monstruo, mueras al nacer!

Oh! todo puede ser! —Débil simiente,
En tu existencia actual, de Dios la mente
Prepara tu ignorado porvenir;
Tal como en ese vientre de antemano
La oscura cárcel preparó su mano
Do ignorado comienza tu existir!

Si de tu sér conciencia y voz tuvieras,
Yo te rogara, sí, que nos dijeras
Qué vida llevas encerrado ahí:
Tus lágrimas, tus risas, tus intentos
De escaparte, tus vagos pensamientos. . . .
El hombre entero que germina en tí!

Tienes un alma ya? —¿O ese destello,
Que hace del hombre el sér aquí más bello,
Aún en su mano te lo guarda Dios?
O, así cual una sangre os alimenta
A tu madre y a tí, ¿su alma os alienta
Y divide su luz entre los dos?

—Así también en la paterna tumba
Que al golpe de mi pie sorda retumba,
De mi amigo infeliz que tanto amé,
Al sagrado cadáver misterioso,
Mil veces yo, con grito doloroso,
Cuál es hoy su existencia pregunté!

Le pregunté si querubín alado,
De los más puros ángeles al lado,
Una lira pulsaba celestial;
Si de la nada estaba en el abismo;
O estúpido, ignorándose a sí mismo,
Cual un ojo del Sér universal!

Mas ay! ni de mi padre el esqueleto,
Ni de mi hijo el invisible feto,
Otra respuesta dan a mi clamor,
Debajo de mi planta o de mi mano,
Que de la tumba el eco sordo y vano,
O de este seno el místico temblor!

No! lo que un vientre o una tumba esconde
A la voz de los vivos no responde;
A otra cosa debemos preguntar:
De un corazón amante a la esperanza!
Que sólo un corazón que espera, alcanza
El tremendo misterio a penetrar!

—Oh! yo que vives, padre, espero y creo!
Con mi esperanza y con mi fe te veo
Ensalzando la gloria del que es!
No aniquilado en sueño eterno y vano,
No gota absorta en lóbrego oceano,
Sino distinto, en éxtasi a sus pies!

Oh! padre mío, de mi infancia amigo!
Que al fin también me reuniré contigo
Espero en la clemencia divinal;

Si alguna culpa expías entretanto,
Hoy, de rodillas, de mi lira al canto,
Por tí se eleva mi oración filial!

Y tú, pequeño sér desconocido,
Tú, dulce primogénito querido,
Tú, dulce prenda de mi dulce amor!
Oh! cualquiera que aquí fuere tu suerte,
Que hayas de padecer hasta tu muerte,
O que te aguarde el porvenir mejor;

Que hayas de ser de tu nación la gloria,
O que muera contigo tu memoria,
Cual muere en el desierto el aquilón....!
¡De tu madre en el vientre, desde ahora,
En el nombre del Dios que mi alma adora,
Recibe mi paterna bendición!

XLII.—EL BAUTISMO

A mi segundo hijo, recién nacido

I

Ven, y en las vivas fuentes del bautismo
Recibe, oh niño, de cristiano el nombre;
Nombre de amor, de ciencia, de heroísmo,
Que hace en la tierra un semidiós del hombre!

Los hombres que esas aguas recibieron
Con su espíritu y brazo subyugaron,

La inmensa mar que audaces recorrieron,
Los mundos que tras ella adivinaron! ¹

Potentes más que el Genitor de Pálas,
Al rayo señalaron su camino; ²
Y a los vientos alzándose sin alas,
Siguieron sin temblar su torbellino. ³

Ellos al Leviatán entre cadenas
Sacan de los abismos con su mano, ⁴
Y pisan con sus plantas las arenas
Del fondo de coral del oceano. ⁵

Cristianos son los que esas formas bellas
Con que el Creador engalanó a Natura,
Obligan a vaciar sus blandas huellas
En instantánea, nítida pintura. ⁶

De un hilo con la curva retorcida
Los cabos juntan de un inerte leño. . . .
¡Y el secreto perturban de la vida,
Y agitan al cadáver en su sueño! ⁷

¹ Descubrimiento de la América por Cristóbal Colón, cristiano.—Descubrimiento de las Indias y del paso por el Cabo de Buena Esperanza, por Vasco de Gama, cristiano.—Circumnavegación del globo por Magallanes y Sebastián del Cano, La Pérouse, Cook, etc., etc., cristianos.

² Invención del pararrayo por Franklyn, cristiano.

³ Globos aerostáticos por Montgolfier y Charles, cristianos.

⁴ Pesca de la ballena por los ingleses, holandeses, rusos, anglo-americanos, etc., cristianos.

⁵ Invención de la campana de bucear, por Will Phillips, cristiano.

⁶ Invención del arte fotográfico por Daguerre, cristiano.

⁷ Descubrimiento del galvanismo por Galvani y Volta, cristianos.

Y tú también, eras también cristiano,
Tú que dijiste, contemplando el cielo:
"Ya mis ojos no alcanzan, pobre anciano;
Yo rasgaré del firmamento el velo!"

Y en el aire elevando dos cristales,
Vuelta a Venus la faz, puesto de hinojos,
Los ojos que te hiciste fueron tales
Que envidiaron las águilas tus ojos! *

Y era cristiano aquel que meditando
En el retiro de modesta estancia,
Sin afán, sin error, pesó, jugando,
Los planetas y el sol en su balanza! *

II

Oh prenda de mi amor, dulce hijo mío!
Cuando en edad y para el bien crecieres,
(Y en el gran Padre Universal confío
Vivirás para el bien lo que vivieres).

Serio entonces quizá, meditabundo,
De ardor de ciencia y juventud llevado
Quieres curioso, visitando el mundo,
Juzgar lo que los hombres han fundado.

Conocerás entonces por tí mismo,
Verán tus ojos, palparán tus manos,

* Invención del telescopio por Galileo o por el alemán Jansen, cristianos.

* Sistema del mundo por Newton, cristiano.

Lo que puede el milagro del bautismo
En los que el nombre llevan de cristianos.

¡Sí! do naciones prósperas hallares,
Sujetas sólo a moderadas leyes
Que formaron Senados populares,
Y que obligan a súbditos y a reyes: ¹⁰

Do al hombre vieres respetar al hombre,
Y a la mujer como a su igual tratada,
Modesta y libre, sin que al pueblo asombre
Viva fiel sin vivir esclavizada: ¹¹

Do vieres generosos misioneros,
Sin temor de peligros ni de ultrajes,
Abandonar la patria placenteros
Para llevar la luz a los salvajes:

Do vislumbrares púdicas doncellas,
De oscuro hospicio entre las sombras vagas,
Curando activas con sus manos bellas
De los leprosos las hediondas llagas: ¹²

Do puedas admirar instituciones
Que abrigan al inválido, al desnudo,
Que amansan al demente sin prisiones,
Que hacen al ciego ver y hablar al mudo:

¹⁰ Gobiernos representativos, conocidos sólo de las naciones cristianas.

¹¹ En todos los pueblos no cristianos está admitida la poligamia.

¹² Las Hermanas de la Caridad.

Do vieres protegido al inocente,
Castigado el perverso con cariño,
Respetado el anciano inteligente,
Asegurado el porvenir del niño:

Allí do hallares libertad y ciencia,
Misericordia, caridad, justicia,
Dominando del pueblo la conciencia,
De la industria calmando la codicia:

Allí do respetándose a sí mismo
Vieres al hombre amar a sus hermanos,
Podrás clamar: "¡Honor al cristianismo,
Que estos no pueden ser sino cristianos!"

III

Esos serán cristianos! herederos
De la virtud y del antiguo nombre
De aquellos doce pobres, compañeros
Del que se hizo llamar HIJO DEL HOMBRE;

De Aquel que en un establo fue nacido,
De un artesano en el taller criado,
De los grandes del mundo perseguido,
Y al fin cual un ladrón crucificado;

Y adolescente al pueblo de Judea
Que nada de su mano que se lea
Nos dejó, ni viajó por las naciones;
Dió tres años no más sus instrucciones;

Y cuyo Verbo emperó más fecundo
 Fue que el cetro y la espada de los reyes:
 Con los siglos creció! renovó el mundo!
 Cambió costumbres, religiones, leyes!

1845.

XLIII.—LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO

ODA EN CONMEMORACION DEL DÍA 7 DE MARZO DE 1849, EN QUE EL GENERAL JOSE HILARIO LOPEZ FUE PROCLAMADO PRESIDENTE DE LA NUEVA GRANADA, A VIRTUD DE LA VIOLENCIA QUE UNA TURBA ARMADA PRACTICO SOBRE EL CONGRESO, DEDICADA A LA JUVENTUD REPUBLICANA DE LA NUEVA GRANADA

What insanity was it to expect that such men were to work out the emancipation of their race! that in such hands the hopes and dearest rights of humanity were secure! Liberty was tainted by their touch, polluted by their breath, and yet we trusted that it was to rise in health and glory from their embrace! — DR. CHANNING.
 O HOMINES AD SERVITUTEM NATI!

Exclamación que Tácito pone en boca de Tiberio, cansado ya de la abyección de los Senadores romanos.

I

Oh, López! sal, pregunta por la tierra
 ¿Cuál es más vil y odioso de los dos:
 El salteador que al monte se destierra
 Y hace a los hombres sin disfraz la guerra,
 Mofándose de Dios;

II

¿O el fariseo infame que de hinojos
 Ora contrito al pie del sacro altar,
 Y va, con dulce voz y dulces ojos,

Del huérfano y la viuda los despojos
Hipócrita a usurpar?

III

Oh! siglos há que el punto está juzgado!
Mas falta aún que aprenda el mundo a ver
Con menos odio al rey que, rey criado,
Mira a su especie cual servil ganado
Nacido a obedecer;

IV

Que al demagogo que en traidor arcano
Celando su venganza y ambición,
Hace la corte al pueblo soberano,
Sube al poder, y ejerce a salva mano
Rapiña y proscripción!

V

Que esa ambiciosa inquieta hiplocresía
No es menos vil que la falaz piedad:
Ni hay opresión cual esa tiranía
Que usurpa con sacrílega ironía
Tu nombre, Libertad!

VI

Oh Libertad! tres veces santo nombre!
Del alma la más bella aspiración!
Tiempo vendrá que al porvenir asombre
Te haya insultado alguna vez el hombre
Con tal profanación!

VII

Oh Libertad! yo puedo alzar la frente,
Y bendecirte al són de mi laúd;
Que desde niño amaba en tí mi mente
El bien mayor que dió a la humana gente
El Dios de la Virtud!

VIII

Con la virtud en mí te confundías,
 Con la Justicia, con la dulce Paz:
 Jamás, cuando ante mí resplandecías,
 Manchadas con el crimen me traías
 Tus manos ni tu faz!

IX

A amarte pura me quedé enseñado;
 Por tu pureza te conozco bien:
 Mi corazón me anuncia tu reinado
 Como la imagen del glorioso estado
 Del hombre en el Edén!

X

—Los hombres todos por su ser iguales
 Ante una ley de universal amor!
 Y sólo por sus obras desiguales!
 Como lo son sus almas inmortales
 delante del Señor!

XI

Todos seguros en los varios modos
 Con que a su bien, sin daño ajeno, van!
 Sí, todos libres, responsables todos,
 Sin distinción de títulos ni apodos
 Que orgullo y odio dan!

XII

El justo, blanco o negro, hermoso o feo,
 Estrecho u opulento en su vivir,
 Inglés o chino, jesuíta, hebreo....
 Y aun el cegado, inofensivo ateo,
 Pudiendo en paz dormir!

XIII

Y el malo sólo por la ley herido,
 Por lo que ha hecho —por lo que es, jamás!

Y herido sin rigor! y garantido
 Contra su mismo juez! juez sometido
 A un juez mayor detrás!

XIV

El hombre, nunca al hombre degradando,
 Rey de sí mismo y de sus cosas rey!
 El fin del hombre el fin de Dios llenando!
 La ley del hombre santa reflejando
 De Dios la santa ley!

XV

ESO es la Libertad! la que he previsto
 Entre los raptos de mi ardiente edad!
 La que en la tierra de Franklin he visto!
 La que me ofrece en sus promesas Cristo!
 Esa es la Libertad!

XVI

Y esa la misma que en la Patria mía
 Joven sus fuerzas ensayando vi....
 Hasta que, oh López! en aciago día
 La hirió con su puñal la turba impía
 Que te aclamaba a tí!

XVII

A tí?.... ¡No sólo a tí! No le bastaba
 Tu indignidad a su nefando amor.
 Ah! más que indignidad necesitaba!
 A tu infernal amigo proclamaba!
 ¡De Sucre al matador!

XVIII

Yo los oí.... cuando su puño armado
 Del hierro vil salían en tropel,
 Del templo, donde habían ya violado
 La majestad inerme del Senado
 En nombre tuyo y de él!

XIX

Yo los oí. . . . Su canto de victoria
Viene a amargar mi triste proscripción.
Cual eco del abismo, esa memoria,
Atravesando nuestra negra historia
Será nuestro baldón!

XX

El nuestro. . . . Sí! de todos! Cada uno
A la obra de tinieblas ayudó:
Cuál débil —cuál traidor— digno ninguno!
¡Ni el Cuerpo que a la paz, sin fruto alguno,
Su honor sacrificó!

XXI

La esposa del romano Colatino,
Al verse impura, prefirió morir.
Los hombres del Congreso Granadino
Besáronle la mano al asesino
A trueque de vivir!

XXII

Hoy viven. . . . Cómo! Pudo su bajeza
Quizá esperar de gratitud el dón. . . .
Con negro insulto, vejación, pobreza,
Ya a demostrarles el tirano empieza
Cuál es su galardón!

XXIII

Hoy viven. . . . Como vive en el serrallo
El triste eunuco de africano Dey;
Cual vive en el corral lo que fue gallo;
Cual vive, el cuello al fin haciendo callo,
Bajo su yugo, el buey!

XXIV

Son todo, menos hombres! —Han perdido
Lo que da al hombre ser— su dignidad!
Que a la víctima el crimen consentido
Mancilla más que al violador bandido
Su misma atroz maldad!

XXV

Oh! más dichosos, harto más, aquellos
Que afrontaron, ya tarde, al Dictador:
Y hoy, de extranjero sol a los destellos
La Patria lloran y sus campos bellos,
Su hogar y dulce amor!

XXVI

O amenazados en su propio suelo
Con el despojo, azotes y prisión,
Por todos vela su leal desvelo,
Por todos lucha con heroico anhelo
Su libre corazón!

XXVII

Esfuerzo generoso —mas tardío!
Lo que en su origen era vil raudal,
Que pudo en tiempo haber cegado el brío
De la Virtud, hoy es inmenso río
De irreparable mal!

XXVIII

Ah, sí! de mal irreparable! Nada
Tan hórrido se puede concebir.
¡Ver de la ley con la tremenda espada,
Que sólo contra el malo fue forjada,
El malo al justo herir!

XXIX

Puedes contarlo tú, modesto amigo,
En quien un monstruo se ensañó brutal....

Y hoy comes del destierro el pan conmigo. . . .
Que, por reparación ¡nuevo castigo
Te impuso un juez venal!

XXX

Podéis hablar, vosotros, asímismo,
Humildes misioneros de la cruz,
Contra los cuales, del reabierto abismo,
Renace del Borbón el despotismo
En esta edad de luz!

XXXI

El mismo espectro horrendo resucita!
La misma escena! el mismo ardor feroz,
Que entre la noche a la inocencia excita
Del pobre lecho al ostracismo, y quita
A la piedad su voz!

XXXII

Y, al són de libertad, que desde el foro
Vinoso eleva el proscriptor motín,
Los jefes corren al común tesoro
Do el pan del pobre, do del rico el oro
Les preparó el botín!

XXXIII

Del oro así del rico, el pan del pobre,
No sólo pagan a la audaz maldad
El mal ya obrado, sino el mal que aún obre
Para impedir que en la nación recobre
Su imperio la Verdad!

XXXIV

¡Del orden inversión abominable!
Por guardia de la Hacienda el más ladrón!
Por juez de la inocencia el más culpable!
Por paz la esclavitud! por ley el sable!
La fuerza por razón!

XXXV

ESO es el Socialismo! El Socialismo
 Que, su fealdad queriendo disfrazar,
 El, hijo de Ambición y de Ateísmo,
 De Libertad se atreve y Cristianismo
 La estirpe a reclamar!

XXXVI

Ese es el Socialismo! Hoy atavía
 Con falsos nombres su genial horror.
 Su nombre Galia supo darle un día;
 Su nombre dice más que Tiranía;
 Su nombre es EL TERROR!

XXXVII

—Modelos de virtud y de hermosura
 Madres cristianas, prez de Bogotá!
 Llorad! —de vuestro llanto la amargura
 Cuál es la libertad nos asegura
 Que el Socialismo da!

XXXVIII

Llorad! en vuestras lágrimas espera
 Con fe mi desolado corazón:
 Ellas, en esta degradada éra,
 De Libertad futura y verdadera
 La noble prenda son!

XXXIX

Que la mirada húmeda que lanza
 Al cielo la virtud de una mujer,
 Es tan sublime que expiar alcanza
 La paz del vil, del malo la venganza,
 Ante el Supremo Sér!

XL

Mas Dios es justo. La nación suicida
 Podrá regenerarse y ser feliz....

Mas en las carnes de su nueva vida
Conservará de la salvaje herida
La eterna cicatriz!

Nueva York, 7 de Marzo de 1851, segundo aniversario del entronizamiento de la Dictadura socialista de la Nueva Granada.

NOTAS DEL AUTOR

I.—El texto del Dr. Channing se ha citado en inglés por no alterarlo. Hállase en sus "Observaciones sobre la vida y carácter de Napoleón Bonaparte", y hace parte de un trozo en que aquel elocuente unitario, una de las más puras glorias de la América del Norte, tan distinguido por su piedad y por la santidad de su vida, cuanto por su amor apasionado a la libertad republicana, explica la causa principal del triste éxito que tuvo la gran revolución francesa del siglo pasado. El trozo es tan bello y conviene tan bien a los Socialistas de hoy, tanto de Europa como de América, que no podemos abstenernos de traducirlo aquí por entero.

"¿Cómo pudo suceder, exclama, que triunfase así la tiranía? que las esperanzas con que desde aquí saludábamos a la revolución francesa se hayan así desvanecido? que un usurpador arrancase así hasta las últimas raíces del árbol de la libertad para plantar en su lugar el despotismo? No debemos ir muy lejos por la causa y ella es tal que nunca se recordará con demasiada frecuencia a los amigos de la libertad. La Francia abortó por falta de aquella *preparación moral* sin la cual es imposible realizar las glorias de la República. No estaba madura para el alto bien que buscaba: era demasiado corrompida para ser libre. Sin duda que la Francia tenía que lidiar con una grande ignorancia política; pero si esa ignorancia no hubiese sido agravada por un profundo defecto moral, los franceses al fin se hubieran abierto el camino de las instituciones republicanas. Era su carácter lo que les impedía ser libres; y ahora deben parecernos extrañas las esperanzas que por ellos alimentábamos entonces. ¿Cómo pudimos creer que triunfase una libertad cuyo principal apóstol había sido aquel impío desvergonzado, aquel mofador sin entrañas, Voltaire? La mayor parte de los predicadores de la libertad francesa se habían deshecho de cuantas convicciones ennoblecen la mente humana. El lazo que une al hombre con Dios se apresuraron a romperlo, declarando que no había un Dios en quien confiar en la gran lucha por la libertad. La inmortalidad del hombre, esa verdad que es la semilla de toda grandeza, era sólo para ellos el objeto de sus sarcasmos. Ante su triste filosofía, el